



Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

Pacto de silencio

La misión de Brigitte esta vez parece puro trámite. Un diplomático ruso se ha puesto en contacto con uno de la embajada de Estados Unidos y lo ha citado en un Motel. Tío Charlie le pide a Brigitte que acompañe al diplomático americano como protección, ya que el encuentro es en Nueva York. Pero cuando llegan al lugar de la cita, se encuentran al ruso muerto y las cosas empiezan a complicarse.



Lou Carrigan

Pacto de silencio

Brigitte en acción - 204

Archivo Secreto - 173

ePub r1.0

Titivillus 13.04.2019

Lou Carrigan, 1975
Diseño portada: Benicio
Diseño portadilla VI Aniversario: Etriol & lvs008

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



PROYECTO SCRIPTORIUM

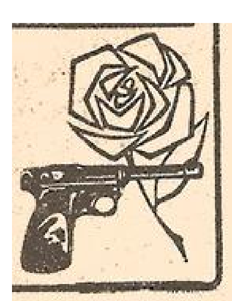


Más libros, más libres



ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA



ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo primero

El avión procedente de París tomó tierra en el Kennedy International Airport a las cinco y diez minutos de la tarde. A las cinco y treinta, la señorita Brigitte Bierrenbach Montfort, ciudadana norteamericana que regresaba a la patria tras su corta permanencia en el extranjero por motivos de «turismo» (entiéndase espionaje), estaba lista para tomar un taxi que la llevase a su domicilio, el lujoso apartamento en el piso veintisiete del Crystal Building, en la Quinta Avenida neoyorquina.

Como equipaje, llevaba solamente una maleta y un maletín, éste de color rojo con florecillas azules estampadas. La maleta la llevaba el mozo del aeropuerto que se encargaría de pedirle el taxi; el maletín, verdadero arsenal de trucos mortíferos, lo llevaba siempre ella.

Despertando admiración y pasmo por su inigualable belleza, la espía más peligrosa del mundo fue caminando en pos del mozo hasta salir del edificio, donde, a la luz del sol de la tarde, sus encantos continuaron haciendo estragos entre el elemento masculino que aquella tarde tenía la fortuna de hallarse en el aeropuerto. No todos los días se podía contemplar una muchachita como aquélla. Ni siquiera todos los años. Seguramente, los afortunados caballeros no volverían a ver nada igual aunque viviesen quinientos mil años.

Porque ya se sabe: hay mujeres muy bonitas en cierto aspecto. Una, puede tener los ojos maravillosos; otra, quizá sea el tipo; otra, quizá la boquita; algunas, sólo cuentan con unas piernas más o menos sensacionales, y nada más… Pues bien: la señorita Montfort reunía, ella solita, todos los más pasmosos encantos: ojos azules, grandísimos, bellísimos; una figura absolutamente excepcional; una boquita que parecía pura fantasía; una elegancia increíble; una sonrisa celestial; un…

—Un momento —dijo ella, volviéndose hacia el mozo—. No llame ningún taxi, por favor. Veo a un amigo que ha venido a esperarme con su coche.

El mozo del aeropuerto no tuvo inconveniente alguno en aceptar tal situación; especialmente, ante la magnitud de la propina que recibió. Lo único que lamentó fue dejar de caminar detrás de la pasajera de las piernas más bonitas del mundo. Pero, en cambio, pudo contemplarla unos segundos de frente, con lo cual salió ganando…, si ello era posible.

Mientras se alejaba tras dejar la maleta en el suelo, se volvió un par de veces…, hasta que vio al hombre que se detenía ante la pasajera procedente de París. Entonces, se dijo que su admiración podría resultar molesta, y regresó en busca de otros pasajeros que pudiesen necesitar sus servicios.

Mientras tanto, la señorita Montfort, sonriendo dulcemente, recibía de manos de aquel hombre un hermoso ramo de rosas rojas, y murmuraba:

—Menos mal… Rosas. Esto quiere decir que no dispone de ninguna mala noticia para mí, Simón.

—Ninguna mala noticia, en efecto —sonrió el hombre—. Pero sí una que parece interesante.

—Ah… ¿Qué noticia es ésa?

—El señor Pitzer se lo explicará todo: nos está esperando en el coche.

—Pues vamos allá.

Simón, el espía que ayudaba a Charles Pitzer en la dirección del Sector Nueva York de la CIA, cuyo centro de mando estaba en una floristería de New York City, tomó la maleta de la agente Baby, la cosmopolita, eficacísima, peligrosa espía del Grupo de Acción, y señaló hacia delante mientras preguntaba:

—¿Todo bien por Europa?

—Ahora, sí. Pero las cosas pudieron ponerse muy feas, Simón.

—¿Qué ocurrió exactamente?

—Esta misma noche grabaré el informe, y le entregaré la cinta a tío Charlie; los dos se enterarán de todo a la perfección. Lo que puedo decirle ahora es que un *commando* muy… especial estuvo a punto de dar un gran disgusto a muchísima gente[1].

—Pero usted solita se cargó el *commando*.

—No exactamente yo solita —rió ella—. Me ayudaron los rusos.

—¿De veras? —se pasmó Simón.

—¿Por qué se sorprende?

—Pues… No sé. Tiene razón: ¿por qué sorprenderme, si de usted puede esperarse cualquier cosa? Incluso hacerse amiga de los rusos.

—¿Qué tienen de malo los rusos?

—Esperemos que nada —movió la cabeza Simón—. Porque precisamente, el asunto que nos ocupa se relaciona con ellos. Algo extraño está pasando o va a pasar. Pero, por favor, no me pregunte más: espere a que el señor Pitzer se lo explique todo con orden.

—*Okay*.

Dos minutos más tarde, llegaban junto al coche, del cual se apeó Charles Alan Pitzer, tendiendo la mano a Brigitte Montfort.

—Como siempre, ha vuelto —murmuró—. Bienvenida a casa, Brigitte.

—Gracias, tío Charlie —rió ella; le besó en ambas mejillas en lugar de estrecharle la mano—. Y gracias por las rosas.

—Oiga —protestó Simón—: lo de las rosas fue idea mía, y a mí ni siquiera me ha dado la mano.

—Terrible injusticia la mía —volvió a reír la divina espía—. Vamos a remediarla.

Besó también a Simón en ambas mejillas, y mientras el espía se dirigía como alucinado hacia el puesto de conductor, ella entraba en el asiento de atrás, seguida de Pitzer. Éste cerró la portezuela, y Simón, ya ante el volante, suspiró:

—Me ha besado un ángel.

—Porque ha sido usted un niño bueno —rió de nuevo Brigitte—. Y todos los niños buenos tienen siempre premio.

—¿Quiere decir que el jefe es también un niño bueno?

Brigitte miró a Pitzer, que refunfuñó algo para sí mismo y acto seguido se hizo entender por Simón en el sentido de que emprendiera la marcha.

—No me diga que está enfadado, tío Charlie. Aunque… Sí, quizá sea por culpa de los rusos, ¿verdad?

—De un ruso —murmuró Pitzer.

—Ah… Una pregunta: ¿hay micrófonos en este coche?

Pitzer respingó, y luego quedó desconcertado.

—¿Micrófonos en mi coche…? ¡Claro que no!

—Entonces, por favor, hablemos ya del asunto. Estoy muy cansada, y quisiera llegar a casa cuanto antes, para bañarme y dormir doce horas seguidas. Le entregaré el informe grabado mañana… *Okay?*

—Está bien. Pero… no sabía que regresaba tan cansada, así que… Bueno, el asunto no tiene tanta importancia como para impedirle descansar, Brigitte. Sólo me pareció que, puesto que regresaba, quizá podría echarnos una mano.

—Qué expresión más tonta: echar una mano… ¿Quiere decir que tengo que cortarme una mano y echársela a ustedes?

Simón rió, y Pitzer comenzó a refunfuñar de nuevo.

—Para estar tan cansada, conserva íntegro su humor, según parece. Quizá no he debido venir a molestarla —recapacitó—. El asunto es muy tranquilo, y nosotros podremos…

—Dígame de qué se trata, y ya veremos qué se hace. ¿Qué pasa con los rusos?

—Con un ruso —insistió Pitzer—. Se llama Anatol Gregoriev, y es uno de los diplomáticos de la embajada rusa en Nueva York, destinado especialmente a atender las actividades en las Naciones Unidas.

—¿Personaje importante?

—Bastante. Mm… Bueno, Anatol Gregoriev parece que tiene algo que decirnos.

—¿A nosotros, a los americanos?

—Sí.

Brigitte reflexionó un instante, antes de preguntar:

—¿Quiere decir que Anatol Gregoriev se ha puesto en contacto con la CIA?

—No, con nosotros, no… Pero ha citado a uno de nuestros diplomáticos en las Naciones Unidas, un tal Weston Lomax. Y lo ha hecho un tanto… misteriosamente. Tienen que encontrarse en un motel de New Jersey.

—¿Lomax y el ruso Gregoriev tienen que encontrarse en un motel? —alzó las cejas Brigitte—. ¿Para qué?

—Esa es la cuestión: ¿qué puede querer Gregoriev de un diplomático norteamericano? Además, en un motel… El Villa Motel. Ya nos hemos interesado por ese lugar. Es muy discreto, tranquilo… Un lugar ideal para que pasen cosas sin que los vecinos se enteren

de nada. Especialmente, de noche.

—¿Tienen que encontrarse por la noche?

—Esta noche, a las nueve. En principio, nuestro diplomático, el señor Lomax, aceptó la cita, pero se apresuró a informar del asunto al servicio de seguridad, quien, a su vez nos pasó la información. Es decir, la pasó a Washington, y de allá, claro, rebotó a nuestro Sector. Ya he hablado con el señor Lomax.

—¿Y qué dice él de todo esto?

—No tiene la menor idea de lo que puede querer el ruso de él. Por supuesto, se han visto muchas veces en la ONU, se saludan, incluso algunas veces han coincidido en alguna de las cafeterías del edificio, han charlado un poco… Lo normal entre los diplomáticos que trabajan en la ONU.

—En definitiva, nuestro señor Lomax está muy sorprendido por la cita que le ha hecho el ruso Gregoriev.

—Muy sorprendido. La relación que los une no da para tanto, ni muchísimo menos. Pero, lo que en definitiva inquietó más a Lomax fue que Anatol Gregoriev le pidió que fuese discretísimo en este asunto, que no lo comentase con nadie.

—Ah… Bien, no sé… ¿Qué sabemos nosotros de Gregoriev?

—Nada.

—¿No hay ni siquiera sospechas de que esté dedicado al espionaje?

—Eso nunca se sabe, pero en nuestro Sector jamás se ha dedicado a labores diferentes a las propias de su trabajo en la ONU.

—Quizá quiere vendernos alguna información —sugirió Brigitte.

—Ya hemos pensado en eso, claro. Se lo he sugerido a Lomax, quien después de reflexionar ha admitido que podría ser. ¿Por qué no? Pero, también podía ser al revés, es decir, que Gregoriev quisiera comprarle alguna información a Lomax.

—Oh, entiendo… Bueno, de todos modos, tío Charlie, no parece un asunto de la suficiente envergadura para mí, ¿no cree? Lo que se puede hacer es dejar que ambos personajes acudan a la cita, y esperar a ver qué pasa. No me parece que una cosita así requiera la intervención de la agente Baby…, que acaba de llegar cansadísima de un largo viaje.

—Seguramente, tiene razón —tuvo que admitir Pitzer—. He sido bastante desconsiderado por pedirle que nos ayude.

—Es que no entiendo qué clase de ayuda esperan de mí. No puedo hacer nada… ¿O sí?

—Habíamos pensado que todo esto podría ser también una trampa contra Lomax… Es rara la actitud de Gregoriev, francamente. En cuanto a Lomax, no es que sea demasiado importante, pero es uno de los jóvenes diplomáticos más destacados. Nos preguntamos si vale la pena arriesgarlo en algún sentido a cambio de la poca información que pueda ofrecernos Gregoriev.

—¿Qué riesgo puede haber en una cita entre dos hombres?

—Nunca se sabe. Bueno, la llevaremos a casa, y nos ocuparemos nosotros de todo eso…

—¿Qué otra cosa había pensado hacer, tío Charlie? ¿En qué pensaba utilizarme a mí?

—Se me había ocurrido que usted y Lomax podrían alojarse en ese motel como matrimonio, esta tarde, y a la hora convenida, bajo la supervisión de usted, Lomax iría a la cabaña nueve, que es la de la cita con el ruso. Eso siempre sería más discreto que nuestra presencia cerca del motel: los rusos y los americanos nos olemos unos a otros a mil millas…

—Quiere decir con eso que usted espera que haya más rusos por allí, ¿no?

—Por la actitud de Gregoriev, no. Pero ya he aprendido a no confiar en nada ni en nadie.

—En ese caso —sonrió la espía—, todavía vivirá usted muchos más años. Está bien, no quiero que haya complicaciones: iré con Weston Lomax a ese motel y me ocuparé de que todo transcurra en buena armonía. ¿Dónde está Lomax, ahora?

—Esperándonos.

—¿Usted ya le ha dicho que la agente Baby estaría con él?

—Sí, sí. Como me pareció que era una buena idea y que…

—Está bien. Supongo que no le ha dicho usted que la agente Baby es la señorita Montfort, tío Charlie.

—¡Qué barbaridad…! ¡Claro que no!

—Bien. En ese caso, el señor Lomax va a conocer a la agente Baby, pero no tiene por qué conocer a la señorita Montfort. ¿Me sostiene el maletín, por favor? Para colocarme la peluca necesito las dos manos…

Weston Lomax estrechó la mano que le tendía aquella joven rubia de ojos verdes, mirándola con curiosidad, muy atentamente, mientras murmuraba:

—Encantado… He oído hablar de usted en muchas ocasiones, señorita… señorita…

—Lili Connors —sonrió ella—. Pero además, como usted sabe, señor Lomax, soy Baby, de la CIA.

—Sí, claro… De Baby es de quien he oído hablar, no de la señorita Connors.

—¿Quiere decir que se me conoce ya incluso en los círculos diplomáticos?

—Desde luego —rió Lomax.

Ella se le quedó mirando, también sonriendo. Por mucho que él la estudiase, no podría saber que la señorita Lili Connors, en realidad tenía los cabellos negros y los ojos azules, es decir, que no podía verla tal cual era. En cambio, ella sí veía tal cual a Weston Lomax, pues obviamente, no podía disfrazarse para tratar con la CIA, que podía obtener informes completísimos sobre su persona en pocos minutos. Así pues, Lili Connors contemplaba con suma atención al apuesto diplomático destinado en la ONU: alto, elegante con sobriedad, rostro inteligente y simpático…, aunque con un cierto tono de dureza en el fondo de los ojos y en la boca. Un muy aceptable ejemplar masculino de alrededor de treinta y cinco años.

Se habían reunido de modo muy simple: Simón había conducido hasta New Jersey, en una de cuyas avenidas estaba esperando el diplomático Weston en compañía de otro agente de la CIA, ambos en un coche; Pitzer le había señalado el coche a Brigitte, ella había ido hacia allá, y el agente de la CIA había dejado solo a Weston Lomax.

Resultado: los dos estaban ahora solos en el coche, con Lomax al volante.

—Es usted simpático —sonrió Lili Connors—. Cosa muy frecuente en los diplomáticos, claro.

—Muchas gracias. ¿Sus amigos no vienen con nosotros?

—No. Usted y yo solos, vamos a ir a ver al camarada Gregoriev. ¿Está usted seguro de que nunca ha habido entre ustedes algo que de un modo u otro lo haya… ligado, unido en determinado aspecto?

—Me he dedicado a pensar en eso —asintió Lomax—, pero, de

verdad, nunca he tenido nada que ver con Anatol Gregoriev. Bueno, nos vemos, tomamos café alguna vez en…

—Eso ya me lo han dicho. Bien, ya veremos qué pasa. Vamos a dar un paseo tranquilamente, y a las ocho y media nos dirigiremos hacia el motel, donde nos inscribiremos con el nombre de señor y señora Connors, si le parece bien. Y a las nueve en punto, iremos a ver qué quiere de usted el ruso…

—¿Quiere decir que usted va a venir conmigo?

—Claro.

—Pero… Gregoriev me indicó muy especialmente que fuese discreto, que no comentase esto con nadie…

—Bueno, el ruso puede pedir lo que quiera, y usted hacer lo que más le convenga, ¿verdad? ¿Cómo se puso él en contacto con usted?

—Me llamó por teléfono.

—¿Sabía su número?

—¿Gregoriev? No sé… Pero nada más sencillo, puesto que mi nombre figura en la guía telefónica.

—Claro… Es extraño esto… Según mi jefe, Gregoriev no ha tenido ninguna actividad diferente a la diplomática, no ha llamado nunca la atención de modo especial… ¿No le adelantó nada sobre el motivo de la cita?

—No. Bueno, dijo unas palabras extrañas, que aún no he conseguido interpretar, a pesar de que les estoy dando vueltas y más vueltas…

—¿Qué palabras? ¿Las recuerda exactamente?

—No… No, no, exactamente, no. Dijo algo así como si… Bien, como si yo fuese a quedar informado de cómo estaba informado él…

—¿Qué?

—Ya le digo que no lo entendí, ni lo entiendo aún. Lo único que se me ocurre es que quizá está pensando Gregoriev en ponerme al corriente de sus fuentes de información… ¿Qué le parece a usted esto?

—No sé. Puede que sea eso, señor Lomax. Pero, sin saber cuáles fueron las palabras exactas de Gregoriev, yo no haría demasiadas conjeturas.

—Pues lo siento, pero no puedo recordar esas palabras. Mi impresión sobre ellas, sin embargo, es la que le he dicho. Demonios,

no quiero pensar más en esto… ¡Ya nos lo aclarará todo Gregoriev!

Capítulo II

A las ocho y media, el señor y la señora Connors pedían una cabaña en el «Villa Motel», situado en efecto en un bonito y discreto lugar, cerca de la playa, con vistas a Manhattan, que quedaba a su izquierda y un poco arriba, y la iluminada Estatua de la Libertad, a su derecha y un poco más abajo… Un lugar muy agradable y tranquilo, que pareció complacer a la señora Connors, la cual pidió la cabaña número diez, porque, según dijo sonriendo, era un número que le daba suerte.

Esto podía ser verdad o no, pero lo cierto fue que, tal como había esperado, la cabaña diez resultó estar situada delante de la nueve, si bien separada por una zona de jardín considerablemente amplia… Aunque no tan amplia que, colocada tras la ventana frontal, con todas las luces de su cabaña apagadas, la señora Connors tuviese dificultades en ver perfectamente la cabaña nueve, de frente.

Sentado junto a ella, Weston Lomax permanecía en silencio e inmóvil, pese a lo cual, su «esposa» se daba cuenta de que estaba inquieto, nervioso. Habían dejado encendida la luz del dormitorio, cuya puerta y ventana habían cerrado; pero la ventana, no había quedado tan cerrada que desde fuera dejase de verse luz allí, por lo que si alguien sentía interés por ellos, tenían que pensar que se hallaban en el dormitorio…

Por fin, oyeron la llegada de un coche, y la señora Connors movió su bracito derecho, dejando al descubierto su relojito de platino y brillantes y esfera luminosa.

—Las nueve menos tres minutos —susurró—. Ese debe ser Anatol Gregoriev.

—Ojalá hubiese terminado ya esto —murmuró Lomax.

—Pronto lo terminaremos —aseguró ella, sonriendo—. Sobre todo, no se ponga nervioso. Los nervios… Ahí está el coche. Vea si

es Gregoriev el que llega. ¿Podrá reconocerlo?

—No hay mucha luz, pero si es él, lo reconoceré, desde luego.

—Bien.

Había aparecido el coche, que se detuvo delante de la cabaña. Las luces fueron apagadas, todo quedó de nuevo en silencio. Y eso fue todo.

—¿Qué pasa? —se inquietó Lomax—. ¿Por qué el conductor no sale del coche?

—Sssst… Ya saldrá.

En efecto. Medio minuto más tarde, un hombre salía del coche, lentamente, mirando a todos lados. Parecía indeciso, pero sólo unos segundos; comenzó a caminar hacia la cabaña, y entonces, Weston Lomax dijo:

—Es él, seguro: Anatol Gregoriev.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

Baby asintió con la cabeza, siempre fija su mirada en el ruso, que llegaba en aquel momento al porche de la cabaña nueve. Subió, caminó hasta la puerta, y se detuvo, volviendo a mirar a todos lados, con cierta inquietud muy evidente.

—Tampoco él parece muy tranquilo —musitó Baby sonriendo—. Quizá teme algo de usted.

—¿De mí? —se sorprendió muy justificadamente Lomax—. En tal caso, ¿por qué demonios ha tenido que citarme?

—O quizá tema que alguien haya podido seguirle —musitó de nuevo la espía internacional—. Los rusos disponen en Nueva York de un eficaz sistema de control de todos sus empleados diplomáticos.

—¿Quiere decir que los rusos vigilan a los rusos, a los suyos propios?

—Exactamente. Y Gregoriev lo sabe… De todos modos, si ha venido, es porque debe estar seguro de que nadie lo ha seguido. Pero no acaba de decidirse a entrar en la cabaña… ¡Ahora entra!

Cierto. Tras unos cuantos segundos más de vacilación, Anatol Gregoriev había puesto la mano en el pomo de la puerta, y había empujado. La puerta se abrió, y el ruso quedó todavía otros cuantos segundos más en el umbral. Por fin, entró, cerró la puerta… La luz se encendió en seguida.

—Ya está —suspiró Weston Lomax—. Voy a descansar cuando haya terminado esto, se lo aseguro. ¿Vamos para allá?

—Falta un minuto todavía para las nueve —dijo Baby—. Y hay que ser puntuales. Además, irá usted solo, señor Lomax.

—Pero usted dijo…

—Es mejor que no lo asustemos. Si él quiere verlo sólo a usted, irá usted. Pero —abrió el maletín, y sacó algo que tendió a Lomax en la oscuridad— esto es una radio de bolsillo; siempre llevo una de repuesto… Se la doy con el canal ya abierto, de modo que estaré escuchando todo lo que ustedes digan con la mía. No tiene que hacer nada especial: sólo guardársela en un bolsillo tal como está. ¿De acuerdo?

—Sí, claro… Bueno, pero… si usted no viene…, ¿qué le digo yo a ese hombre? ¿Qué actitud debo adoptar?

—Correcta y pacífica. Escúchele con atención, y sea cual sea la oferta que él le haga, diga que con mucho gusto la transmitirá a quien podrá darle una respuesta definitiva. Sobre todo, no diga NO en ningún momento: sea lo que sea, la respuesta es SÍ. Aunque le pida diez millones de dólares. ¿Está claro?

—Pe… pero diez millones de…

—Salga ya. Y no olvide lo que le he dicho… Un momento: ¿lleva usted armas?

—¡Claro que no!

—Muy bien. Salga. ¡No se le ocurra encender esta luz!

Weston Lomax asintió, y se dirigió hacia la puerta. Salió, cerró, y en seguida Brigitte le vio en el porche. Mientras Lomax caminaba cruzando el jardín en línea recta hacia la cabaña número nueve, la espía sacaba la otra radio, y abría el canal, moviendo la cabeza con gesto conmiserativo… ¿Ni siquiera se le ocurría a Lomax describir un pequeño arco en su camino hacia la otra cabaña?

Dejó la radio en el montante de la ventana, dispuesta a seguir vigilando la cabaña mientras escuchaba la conversación de los dos hombres… Por cierto, que ambas pequeñas radios tenían todavía la onda de Atenas, donde había solucionado el asunto del *commando*…

«Mejor —pensó—: así es poco probable que alguien pueda captarla».

Weston Lomax había llegado ya a la cabaña. Empujó la puerta, y

entró… La puerta se cerró tras él.

Inmediatamente, Brigitte oyó el fuerte respingo de Weston Lomax, con toda claridad. Se inclinó hacia la radio para preguntar lo que ocurría, mientras oía la exclamación de Lomax:

—¡Santo Dios…!

—Lomax: ¿qué ocurre?

Oyó unos fuertes sonidos en la radio, y comprendió que Lomax la estaba sacando de su bolsillo, para decirle algo… De pronto, las palabras del diplomático resonaron fuertemente en la cabaña:

—¡Oiga, Baby! ¿Me está oyendo?

—Claro que le oigo… ¿Qué ocurre?

—Me… me parece que está muerto… ¡Está lleno de sangre, tendido en el suelo, y tiene…!

—¡No se mueva de ahí!

Cerró la radio, tomó la pistolita del maletín, y salió de la cabaña, lanzándose a todo correr hacia la otra, En menos de seis segundos aparecía junto a Weston Lomax, que parecía tener los pies clavados al suelo, y contemplaba con expresión desorbitada al ruso Anatol Gregoriev.

Estaba tendido en el suelo, efectivamente lleno de sangre, que brotaba de varios puntos de su pecho. Sus ojos estaban desorbitadamente abiertos, su boca crispada…

—No se mueva —murmuró la espía—. Ni lo toque. Pasó junto al ruso, y entró en el dormitorio… Una suave ráfaga de aire llegó a su rostro en el acto. Se acercó a la ventana, que estaba abierta de par en par, y miró al exterior, pero sin asomarse, prietos los labios. De pronto, dio media vuelta, y regresó al saloncito. Todo seguía igual allí. Se arrodilló junto a Anatol Gregoriev, y le puso las yemas de dos dedos en un lado del cuello; estuvo así irnos segundos, contemplando los ojos hieráticos del ruso. Por fin, miró a Lomax, y movió negativamente la cabeza.

—Nada que hacer —murmuró—: está muerto. Traiga una manta.

Lo único que pudo hacer Lomax fue tragar saliva. Parecía incapaz de reaccionar. Brigitte frunció el ceño, encogió luego los hombros, y fue ella en busca de la manta. Tuvo que deshacer la cama para conseguirla Regresó con ella al saloncito…, y apenas dio el primer paso comprendió el nuevo cambio de la situación: había

dos hombres más dentro de la cabaña, uno de ellos detrás del espantado Lomax, que tenía los brazos en alto, y el otro junto al sofá, encogido, mirándola fijamente y, como el primero, apuntándola con su pistola con silenciador, Brigitte, que había deslizado su pistolita por el escote para coger la manta, supo que no podría hacer nada… a las malas.

Su actitud fue serena, tranquila, casi amable.

—¿Rusos? —preguntó.

Ninguno de los dos contestó. El que estaba detrás de Lomax empujó hacia el sofá, y lo sentó de un manotazo en el hombro. Luego, por señas, indicó a Brigitte que fuese a sentarse también, junto a Lomax. Ella asintió, se acercó primero al cadáver de Anatol Gregoriev y lo cubrió una la manta, bajo la dura, penetrante mirada de los dos hombres. Finalmente, fue a sentarse junto a Lomax, y murmuró:

No lo hemos matado nosotros. Mi amigo no lleva armas, y yo sólo llevo una pistolita que pueden examinar, si lo desean.

El que estaba junto al sofá se colocó detrás de ella, le apoyó la pistola en la nuca, y dijo:

—Démela.

Despacio y tomando la pistola sólo con dos dedos, Baby la sacó del escote, y la tendió hacia atrás. El ruso se la arrebató, la guardó en un bolsillo, y miró a su compañero, indicando el cadáver. El otro se acercó, alzó la manta, y lo examinó.

—Sí —murmuró—. Está muerto. Y todavía caliente, desde luego.

—Es lógico, si hace apenas tres minutos entró vivo en esta cabaña. ¿De verdad piensan insistir en que no lo han matado ustedes? —preguntó con seco sarcasmo colocándose delante de Baby y Lomax.

—No hemos sido nosotros —dijo no menos secamente la espía —. Cuando yo llegué, ya estaba muerto, y como les digo, mi amigo no lleva armas.

—Vamos a comprobar eso…

—No lleva —dijo el otro—. Ya lo he cacheado, Val.

—Bien… Pudo entrar, matarlo, y esconder la pistola.

—¿Por qué tenía que hacer eso? —se sorprendió Baby.

—Ustedes sabrán.

—Yo no lo he matado —rechazó hoscamente Lomax—. Cuando

entré aquí, lo vi tendido en el suelo, lleno de sangre, y en seguida llamé a…

—Me llamó por la radio —cortó Brigitte Montfort—. Me llamo Lili Connors.

El ruso llamado Val asintió con la cabeza, y miró directamente a Lomax.

—Usted debe ser Weston Lomax, ¿no?

—Sí… Sí, en efecto.

—Muy bien, señor Lomax: díganos por qué citó usted en esta cabaña a Anatol Gregoriev.

Weston Lomax quedó un instante boquiabierto, estupefacto, antes de exclamar:

—¿Que yo cité a Gregoriev? ¡Fue él quien me llamó a mí y me dijo que viniese a este lugar!

Baby miraba de uno a otros, sorprendida en verdad. ¿En qué quedaban? ¿Quién había citado a quién?

—No diga tonterías —rechazó el ruso—: usted lo citó a él. Nos lo dijo el propio Gregoriev.

—¡Eso es mentira! —se indignó Lomax—. ¡Él me llamó a mí por teléfono, me dijo que quería hablar conmigo de algo que iba a interesarme…! ¡Es mentira que yo le llamase a él!

—¿Por qué había de mentirnos Gregoriev a nosotros?

—¡Y yo qué sé! Además, ¿quiénes son ustedes? ¿Dónde estaban, de dónde han salido…? ¡Ustedes sí tienen armas, y han podido utilizarlas!

Los dos rusos se quedaron mirándolo incrédulamente. Por fin, Val sonrió ceñudamente.

—Esta es buena… ¿Sugiere usted que nosotros hemos matado a Anatol Gregoriev?

—Lo que puedo decirles es que no he sido yo —se crispó el rostro de Lomax.

—A mí —intervino con amabilidad Baby— esta conversación no me parece muy inteligente, para ser sincera. Estamos ante un extraño caso, y creo que deberíamos razonarlo más fríamente por ambas partes. Supongo que pertenecen ustedes al espionaje ruso.

Los dos soviéticos la miraron fríamente.

—Pertenecemos al cuerpo diplomático en Nueva York —dijo Val—. Servicio de Relaciones Públicas. ¿Está claro?

—Clarísimo —sonrió Baby—. Muy bien: el señor Lomax pertenece al cuerpo diplomático norteamericano en la ONU. Y en cuanto a mí, soy del servicio de seguridad de…

—Usted es de la CIA.

—Muy bien. Si tan listos son ustedes, no hay más que hablar, caballeros. Hagan lo que gusten.

—Puede estar segura de eso. En marcha.

—¿Adónde vamos? —exclamó Lomax.

—A la embajada rusa, no —le explicó suavemente Baby—. Nos van a llevar a un sitio aún más discreto que éste, y nos van a… convencer para que les digamos la «verdad» que se les ha metido a ellos en la cabeza.

—Es usted muy lista —dijo Val—. Abre la puerta, Oleg. Y cuidado con ellos.

Baby se puso en pie, pero Lomax permaneció sentado, pálido, mirando de uno a otro ruso. Estaba visiblemente asustado, y, por cierto, nada dispuesto a dejarse llevar a un lugar donde querrían «convencerlo».

—No pienso moverme de aquí —dijo con firmeza.

—Usted… —empezó Val.

—Vamos, no complique las cosas, Lomax —intervino Baby—. Podemos damos por satisfechos de que acepten dialogar: podrían haber reaccionado de modo mucho más desagradable… A fin de cuentas, acaban de asesinar a uno de sus diplomáticos. Camine.

—¡Nos van a matar! —se resistió Lomax.

—No diga tonterías. Sólo hablaremos… Y ya verá cómo llegamos a un acuerdo.

—Si no lo han matado ustedes —murmuró Oleg.

Baby se acercó a Lomax, le tomó de una mano, y tiró de él. Lomax tuvo que ceder, poniéndose en pie, aunque de mala gana. Sin soltarle la mano, Baby comenzó a caminar hacia la puerta, que Oleg abrió, colocándose a un lado. Val caminaba detrás de ellos, por supuesto pistola en mano, siempre apuntándoles, guardando una distancia de cinco o seis pasos…

Demasiada distancia, así que Baby se detuvo junto a Oleg, que la miraba cada vez con más interés.

—Un momento —murmuró la espía—. ¿No van a buscar la pistola, por si hemos sido nosotros y la hemos escondido?

—Ya la buscaremos —replicó Val, que continuaba caminando acercándose a ellos—. Si aquí hay una pistola escondida, alguien la encontrará, se lo aseguro.

—¿Y si alguien pusiera mientras nosotros estamos fuera de la cabaña una pistola en…?

No dijo nada más.

Y había estado hablando tan seriamente, tan absorta en aquella cuestión, que de ninguna manera pudieron prever los rusos el ataque.

Un ataque fulminante, velocísimo, increíble, feroz… Y definitivo: Baby se volvía hacia Val mientras hablaba, y, siguiendo este giro de su cuerpo, su pierna izquierda se alzó, de pronto, a una velocidad tan fantástica que Oleg ni siquiera tuvo tiempo de respingar recibió el taconazo en plena barbilla, su cabeza chocó contra la pared, y rebotó fuertemente, privado ya del sentido…, mientras, siempre siguiendo aquel giro, Baby se abalanzaba hacia Val, que apretó el gatillo justo en el momento en que las manos de Brigitte asían y empujaban su antebrazo, apartándolo de modo que la bala fue a dar en la pared; acto seguido, siempre sujetando con escalofriante fuerza el antebrazo del ruso, Baby giró hacia su izquierda, tirando del brazo de Val hasta colocárselo por delante del pecho y separado de éste; su cadera derecha hizo un quiebro, pasó la pierna como un relámpago, y siempre siguiendo la tracción de sus manos en su brazo, Val cayó de vientre sobre la cadera derecha de Brigitte, que bajó la cabeza y giró los hombros hacia su izquierda, como si quisiera dar otra vuelta, mientras la pierna derecha efectuaba un poderoso movimiento ascendente…

El ruso dedicado a relaciones públicas sólo supo que durante una brevísima fracción de tiempo, estuvo montado sobre la cadera de su antagonista. Luego, salió volando a casi dos metros de altura y recorriendo no menos de tres antes de caer de cabeza y espaldas sobre el duro suelo. Todo su cuerpo crujió, su cabeza pareció estallar, se llenó de luces… Cuando abrió los ojos a una clara visión, la rubia señorita Connors estaba delante de él impávida, apuntándole con su propia pistola.

—Recoja a su compañero y siéntelo en el sofá —dijo con tono áspero—. Usted, Lomax, coja la pistola del otro, vamos.

Capítulo III

Weston Lomax dejó de contemplar con gesto bobalicón a su «esposa», y reaccionó con un respingo, abalanzándose hacia la pistola del desvanecido Oleg, mientras Val se ponía lentamente en pie, conteniendo un gesto de dolor.

—Será mejor que se siente —dijo ya un poco más amablemente Brigitte—. Deme esa pistola y coloque usted al ruso en el sofá, Lomax.

—Sí, sí…

El diplomático arrastró al ruso, y luego lo sentó junto a Val, que miraba fijamente a Brigitte.

Y de pronto, murmuró:

—¿Baby?

—Sí —asintió ella—. Coloque las manos sobre las rodillas y no se mueva. Esperemos a que su camarada despierte para continuar la conversación aquí.

—Entonces, realmente, ¿no han sido ustedes quienes han matado a Gregoriev?

—Desde luego que no. Lomax, por favor, vaya a nuestra cabaña y tráigame mi maletín… Y la radio que he dejado en el montante de la ventana.

—Puede haber más rusos fuera… —se asustó Lomax.

—¿Los hay? —miró Brigitte a Val.

—No.

La espía hizo un gesto a Lomax, que salió no precisamente tranquilo.

Pero regresó sin novedad, con el maletín y la radio de Baby, que se sentó en un sillón, mirando socarronamente a Val.

—Ahora que recuerdo —sonrió—: usted tiene mi pistolita, colega. ¿Está pensando en usarla contra mí si me descuido?

—No. Y no creo que usted se descuide.

—Ah. Muchas gracias. En cuanto a mi pistola, ya que de nada va a servirle…, ¿quiere entregársela al señor Lomax? Por favor.

Se quedó mirándolo, y Val supo que al menor gesto extraño por su parte, iba a recibir un balazo en la cabeza. Sacó la pistola, también con dos dedos, y la tendió a Lomax, que todavía estaba desconcertado, maravillado. Mientras se la entregaba a Baby masculló:

—Pero…, ¿puede decirme cómo lo ha hecho usted?

—¿El qué?

Pues eso… Derribar de un puntapié a un hombre que es mucho más fuerte que usted, y tirar al otro por el aire como si fuera una pluma… ¡Aún no creo lo que he visto!

—Ha visto un poquito de karate y una magistral ejecución de la proyección *yama, arashi* de judo. Por cierto: ¿sabe usted lo que significa *yama arashi*, traducido a nuestro idioma?

—No… Claro que no.

—Significa «Tempestad en la Montaña». ¿Qué deporte practica usted, Lomax?

—¿Yo? Bueno, el golf, siempre que puedo…

—Oh, golf… Es un deporte simpático —dijo con condescendiente amabilidad la espía más peligrosa del mundo—. ¿No es ese que se le va dando a una pelota con unos palitos?

—Claro… Claro, ése es, sí…

—Muy bonito. Yo practico judo y karate. Generalmente, me resultan más útiles que el golf. Bueno —dejó de hurgar con una horquilla en la radio de bolsillo que había estado utilizando—, esto ya está: onda Sector New York. Ahora voy a llamar a…

Bip-bip-bip-bip-bip…, comenzó a sonar la radio, apenas retiró ella la horquilla. Abrió el canal, y en el acto sonó en el pequeño aparato la voz de Charles Alan Pitzer:

—¡Baby, por fin…! ¿Está bien?

—Estoy bien, tío Charlie, tranquilícese.

—¡Llevo llamando más de un cuarto de hora…!

—Perdóneme, es que tenía la onda de Atenas… ¿Qué ocurre?

—¡Han encontrado asesinados a dos de nuestros diplomáticos destinados en las Naciones Unidas!

La voz de Pitzer resonaba con tal fuerza que Val no tuvo más remedio que escucharla. Palideció intensamente, y se quedó

mirando a Brigitte, que a su vez, no menos pálida de pronto, lo miraba. Luego, miró a Lomax, que había lanzado una exclamación, más bien un gemido, y de nuevo sus ojos se abrían, expresando espanto.

—¡Quieren asesinar…! —empezó.

—Cállese —cortó secamente Brigitte—. ¿Ha oído eso, Val?

—Sí… Pero no sé nada sobre el asunto.

—¿No? Bueno, ya veremos… ¿Cómo ha sido eso, tío Charlie?

—¿Con quién está hablando usted? —preguntó a su vez Pitzer—. ¿Qué ha ocurrido ahí?

—Se lo explicaré luego.

—Es que… estamos muy cerca del motel, nos disponíamos a entrar. Ya sé que convinimos que usted lo haría sola, pero como no contestaba…

—Estoy bien. Y no vengan por aquí; tengo a dos rusos, y no hay necesidad de que ellos los conozcan a ustedes. Dígame qué ha pasado con esos dos diplomáticos nuestros.

—Aún no lo sabemos. Parece ser que los han encontrado hace poco más de una hora, tirados en una cuneta de la estatal 9, cerca del Hudson River.

—¿Quién los ha encontrado?

—Pues… dos parejas de jóvenes. Según entiendo, hay por ahí un lugar, a la izquierda de la carretera, al que suelen ir algunas parejitas a pasar un rato… Se sale uno de la carretera, con el coche, y ya está.

—Entiendo. Y cuando esos muchachos se disponían a pasar un ratito junto al río, vieron los dos cadáveres… ¿Hay mucha iluminación por ahí?

—¿Iluminación? No sé… Supongo que ninguna. Pero no hacía falta: al salir de la carretera, el coche que conducían pasó por encima de uno de los cadáveres, y bajaron a ver qué era aquello… Se han llevado el gran susto de sus vidas.

—Es natural. Escuche, tío Charlie, vaya para allá a ver qué saca en claro, y me lo comunica. ¿De acuerdo?

—Pues… Demonios, si usted está con dos rusos…

—Nos entenderemos bien, no se preocupe. Ah, otra cosa, tío Charlie: ¿sabe usted los nombres de esos dos diplomáticos?

—Robert Gaynor y Joseph Karpis.

Brigitte miró vivamente a Lomax, que había respingado de nuevo, y tenía los ojos más abiertos que nunca…

—Ya le llamaré luego, tío Charlie —cerró la radio y se quedó mirando al impresionadísimo Lomax—. ¿Qué le ocurre a usted?

—¡Gregoriev mencionó a Karpis! —exclamó Lomax.

Baby Montfort entornó los ojos.

—¿Qué dice? —susurró.

—Estoy seguro… ¡Estoy seguro ahora! ¡Lo mencionó, dijo algo de que yo conocería cómo sabía él las cosas, y mencionó a Karpis!

—¿Lo mencionó? ¿Qué dijo de él?

—No recuerdo… Sé que dijo algo de la labor de Karpis. ¡No recuerdo exactamente!

—¿A Gaynor no lo mencionó?

—No… No, no. ¡Pero a Karpis sí!

Brigitte quedó pensativa irnos segundos, como olvidada incluso de la presencia del ruso.

—¿Conocía usted a Karpis y a Gaynor, Lomax?

—Claro… ¡Naturalmente!

—¿Alguno de ellos mencionó alguna vez a Gregoriev?

—No… No, no, desde luego. Bueno, Gregoriev no era precisamente muy importante entre el cuerpo diplomático ruso. Quizá alguna vez hablásemos de él, como de otros muchos… No lo recuerdo.

—¿Le pareció que Gregoriev tenía tratos con Karpis?

—No —se sorprendió Lomax—. Desde luego que no.

—¿Y Gaynor?

—Tampoco. Bueno, ya le he dicho que los diplomáticos nos vemos en las Naciones Unidas, a veces charlamos un poco… Nada especial.

—Ya. Emmm… ¿Insiste usted en que fue Gregoriev quien lo citó aquí?

—¡Naturalmente que insisto!

—Sin embargo, no debe ser cierto.

—¿Qué quiere decir? —palideció el diplomático.

—Tranquilo —sonrió la espía—. No digo que usted mienta, sino que le engañaron. ¿Está usted seguro de que era la voz de Anatol Gregoriev la que oyó por teléfono citándolo aquí?

Weston Lomax parpadeó, atónito.

—Claro… Bueno, él dijo que era Gregoriev…

—Pero usted conocía su voz. ¿Era él o no era él?

—Demonios… —Lomax se pasó una mano por el rostro—. Para mí era Gregoriev, claro. Nunca había hablado con él por teléfono, y cuando me dijo quién era, lo acepté. Además, por su modo de hablarme yo creo que era él.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Usted sabe que cada persona tiene determinadas relaciones con otra, y sólo por lo que se dicen se interpretan esas relaciones… ¿Cómo se lo explicaría? Por ejemplo, si usted me llama mañana por teléfono, y me habla de todo este asunto, yo tengo que comprender que, en efecto, es usted; en cambio, si me hablase de filatelia, pues… me desconcertaría, al menos, y quizá inconscientemente me preguntase si realmente estaba hablando con usted…

—Entiendo. O sea, que por cómo le habló Gregoriev, usted está seguro de que era él.

—Yo juraría que sí, desde luego.

—Muy bien. Entonces —miró a Val, que los escuchaba con gran atención—, ¿cómo explicamos que Anatol Gregoriev quiera una entrevista tan discreta con un diplomático norteamericano…, y al mismo tiempo pase aviso de esa entrevista al servicio de… Relaciones Públicas de la embajada soviética? ¿Qué opina usted, colega?

—No lo sé.

—¿No sabe ni siquiera lo que usted mismo opina?

—No. Lo único que sabemos Oleg y yo es que nuestro jefe de servicio en la embajada nos indicó que debíamos vigilar a Gregoriev, pues acudía a una cita que le había pedido el diplomático americano Weston Lomax…

—¡No es cierto! —gritó Lomax—. ¡Él me citó a mí!

—Vamos a calmarnos todos —recomendó Baby—. Creo que están comprendiendo que algo raro sucede, ¿no es así, Val?

—Tengo que admitir que todo esto está muy confuso, desde luego —refunfuñó el ruso.

—En cuanto a su jefe, ¿quién le avisó de que Gregoriev tenía una cita aquí con Lomax? —preguntó Brigitte.

—El propio Gregoriev.

—Eso no parece admisible —sonrió amablemente Baby.

—Ya lo sé, pero… ¿quién más podría haberle dicho eso a mi jefe?

—Yo no lo sé, pero usted sí podría saberlo… ¿O no?

El ruso sonrió divertido.

—Entiendo que me pide que me entere de eso y le pase… informe a usted, Baby.

—Sería una hermosa manera de demostrar que ante todo somos inteligentes, colega.

—De todo esto, se desprende que Oleg y yo podemos marchamos tranquilamente.

—Por supuesto. Y espero que no me guarden rencor… por la Tempestad en la Montaña.

Val refunfuñó algo, en ruso, y se acercó a su compañero, sacudiéndolo hasta que Oleg se recuperó: se quedó sentado, mirando a su compañero, como hipnotizado… De pronto, lanzó una exclamación, e intentó ponerse en pie de un salto. Y al mismo tiempo que se llevaba las manos a la dolorida barbilla en la que se veía ya un amplio hematoma, Val lo retenía por un hombro.

—Cálmate. Estamos en situación de diálogo, Oleg. Y ella es Baby.

Los ojos de Oleg se abrieron más mientras los giraba hacia la espía, que sonrió y le saludó tocándose la frente con un dedito.

—Hola, Oleg. ¿Se encuentra bien? —se interesó.

—No —masculló el ruso.

—Lo lamento, de veras —amplió su sonrisa Brigitte—, pero no tuve más remedio que hacerlo. Val le va a poner al corriente del inesperado giro de este asunto, después que el señor Lomax y yo nos marchemos… llevándonos el cadáver de Anatol Gregoriev.

—¿Usted se va a llevar el cadáver? —se sorprendió Val—. ¿Para qué lo quiere?

—Los colecciono. Tengo la casa llena de muertos. Y éste, tan ensangrentado, es especialmente decorativo…

—Usted… usted no… no está hablando en serio… —tartamudeó Weston Lomax.

Brigitte lo miró, miró luego a los dos rusos, e hizo un gesto de disculpa, explicando:

—Es sólo un diplomático, hay que ser tolerantes con él. Empiecen a envolver bien con la manta a Gregoriev, por favor.

Usted, Lomax, vaya a buscar nuestro coche. Luego, entre los tres, colocan el cadáver en el portaequipajes.

Toda esta operación les llevó a los tres hombres cinco o seis minutos. Ya terminada, volvieron todos a la cabaña, y Baby les devolvió las pistolas a los rusos, tras quitarles el cargador.

—Supongo que también nos devolverá a Gregoriev —musitó Val.

—A su debido tiempo. Mientras tanto, opino que tanto por parte rusa como por parte norteamericana, deberíamos mantener todo este asunto en silencio. ¿Le parece bien?

—Yo no tomo decisiones. Pero le diré a mi jefe cómo están las cosas. Y creo que él pensará que ustedes han matado a Gregoriev.

—¿Sí? Bueno, les vamos a dejar aquí, para que busquen la pistola que suponen hemos escondido. Eso, en primer lugar. Luego, dígale a su jefe de mi parte que Baby nunca sale a cazar pajarillos tan menudos como Anatol Gregoriev.

—Se lo diré —sonrió Val, divertido.

—De acuerdo. ¿Adónde puedo llamarle a usted?

—¿Adónde ha de ser? —alzó las cejas Val, sorprendido—: a la embajada rusa, servicio de Relaciones Públicas. Pida por Val Titov.

—¿Cuál es su horario de trabajo?

—Oh, puede llamarme a cualquier hora…

—Trabaja demasiado —sonrió Brigitte—. Vámonos, Lomax.

Salió de la cabaña, seguida por el todavía asustado, y, sin duda, desconcertado diplomático, que apenas sentarse junto a ella, preguntó:

—¿Qué vamos a hacer?

—Ir a la Morgue —replicó la espía.

Y de acuerdo a lo convenido por radio, Pitzer la estaba esperando en la Morgue, con dos agentes de la CIA, que se dispusieron a entrar en el frío edificio el cadáver de Anatol Gregoriev, mientras Pitzer, sin decir palabra, conducía a Brigitte y a Lomax hacia el depósito. Una vez allí, tiró de dos de los compartimientos y alzó las blancas sábanas, mostrando los dos cadáveres desnudos… Pero ciertamente los diplomáticos norteamericanos Joseph Karpis y Robert Gaynor, no podían sentir pudor alguno. Ni sensación alguna, pues sus vidas habían escapado por los varios orificios producidos por las balas en sus cuerpos.

—Les van a hacer la autopsia dentro de muy poco —dijo Pitzer —, por eso no están en los compartimientos frigoríficos aún.

—¿Tenemos alguna idea de la hora de su muerte? —preguntó Baby.

—El forense de la policía dice que no podrá decir nada seguro hasta después de la autopsia, pero en principio, ha calculado que murieron hacia las seis de la tarde, media hora más o menos.

—O sea, que los mataron antes que a Anatol Gregoriev.

—Pues… sí, claro. Si ustedes vieron vivos a Gregoriev a las nueve…

—Con toda seguridad. ¿Les han extraído ya las balas?

—Aún no, porque como la autopsia la llevarán a cabo muy pronto, aprovecharán…

—Necesito esas balas cuanto antes. Y también las que han matado a Anatol Gregoriev. Por eso he traído el cadáver. Luego, que esas balas sean enviadas a Balística y examinadas: quiero saberlo todo sobre ellas, tío Charlie.

—De acuerdo. Un momento…

Estaban entrando los dos agentes de la CIA, acompañando a los dos enfermeros que transportaban en una camilla el cadáver de Gregoriev. Detrás de ellos llegaba un médico, también con bata blanca, y Pitzer estuvo hablando con él un par de minutos, mientras el médico asentía. Luego, Pitzer dijo algo a los dos agentes de la CIA, y se reunió de nuevo con Brigitte y Lomax.

—Salgamos de aquí —dijo—: podemos instalamos mucho más confortablemente en una sala de espera mientras esperamos resultados y cambiamos opiniones sobre el asunto…

—No cuente conmigo para eso —rechazó Brigitte—, al menos hasta que recibamos esos informes de Balística. Mientras tanto, voy a dormir el tiempo que me dejen.

—Está bien —asintió Pitzer.

—¿De verdad va a dormir? —se asombró Lomax.

—¿Por qué no? Estoy muy cansada, señor Lomax.

—Pe… pero… Bueno, sí, entiendo eso, pero… ¡yo no podría ni cerrar los ojos! Santo cielo, ¿cómo es posible que pretenda dormir, con todo esto que está pasando…? ¡No podrá conseguirlo!

Dos minutos más tarde, Weston Lomax salía de su error de apreciación: la señorita Lili Connors estaba tranquilamente dormida

sobre un sofá.

—Se ha dormido…

Pitzer se permitió una mirada de guasa al diplomático.

—Vámonos —dijo amablemente—. Esta vez nos toca trabajar a nosotros mientras ella descansa. Y mientras tanto, le reuniremos los máximos datos posibles.

Salieron de la salita, y Pitzer cerró la puerta con llave, y se guardó ésta, para asombro de Lomax.

—¿La va a dejar encerrada?

—Si ella quiere salir, saldrá. Pero mientras tanto, es mejor que nadie pueda entrar aquí descuidadamente, señor Lomax.

Capítulo IV

Weston Lomax comprendió estas palabras de Pitzer cuando, casi tres horas más tarde, regresaron a la salita, no sin que antes, Pitzer advirtiese:

—Soy yo, Baby.

Entraron, y vieron a la espía sentada en el sofá, con la pistolita en la mano, la deslizó en su escote, y dio una palmadita en el sofá, junto a ella. Pitzer fue a sentarse allí, mientras Lomax lo hacía en un sillón.

Brigitte tomó la bolsa que le tendía Pitzer, sacó el primer bocadillo, lo mordió, y preguntó:

—¿El termo contiene café?

—Sí.

—Excelente. Bueno —miró su relojito—, ya estoy lista de nuevo, tío Charlie.

—Bien. Ya nos han dado el resultado de Balística: no hay la menor duda de que a Anatol Gregoriev no lo mataron con las pistolas de los rusos Val y Oleg, de donde podríamos pensar que ellos no han sido; las balas que usted me entregó son diferentes a las qué había en el cuerpo de Gregoriev… y de Gaynor y Karpis. Quiero decir con esto que los tres fueron asesinados con las mismas armas: dos pistolas, dos asesinos, lógicamente. En los tres cadáveres hay balas de esas dos pistolas: una «Browning» y una «Colt», ambas del máximo calibre. No han sido halladas en la cabaña nueve de Villa Motel, quizá porque los rusos se las llevaron si es que estaban allí escondidas. Pero me inclino a pensar que no. Y creo que vamos a coincidir en la teoría: cuando Gregoriev llegó a la cabaña, los dos asesinos ya estaban…

—O el asesino que utiliza dos pistolas —murmuró Baby, destapando el termo con café.

—Podría ser —vaciló Pitzer—. Pero yo me inclino a pensar que

son dos hombres. Le diré por qué. Cuando Gregoriev llegó a la cabaña, ellos ya estaban allí, seguramente hacía varias horas, esperando. En cuanto Gregoriev entró, lo mataron, y se marcharon por la ventana del dormitorio: afuera, bajo la ventana, hemos visto pisadas de dos hombres. Y también las hemos hallado cerca del lugar donde fueron hallados los cadáveres de Karpis y Gaynor. Parece ser que en ambos sitios las pisadas son de los mismos dos hombres, pero eso lo sabremos seguro cuando hayan terminado los moldes. En cuanto a la cabaña, fue alquilada aquella misma mañana, por un hombre barbudo y grueso, que firmó con el nombre de Smithson. El FBI nos está ayudando, buscando huellas en la cabaña, y nos avisarán en cuanto terminen de cotejar las que consigan con las de sus archivos… Naturalmente, las huellas también serán enviadas a los nuestros.

—No conseguiremos nada por ahí —aseguró Brigitte.

—Eso me temo. Pero no perdemos nada trabajando en ese sentido. Bien, pasemos ahora a los dos diplomáticos norteamericanos. Robert Gaynor estaba casado, tiene… tenía un hijo. Once años. En cuanto a Karpis, era soltero, y ocupaba el apartamento 11 C en el número 615 de la calle Cincuenta y Siete Este. Tanto el FBI como nosotros estamos interesándonos ahora por los expedientes de ambos. Simón está en estos momentos importunando al jefe directo de ambos diplomáticos, y me llamará cuando haya terminado de conversar con él. En resumen, eso es todo.

—Y en resumen también, lo único que sabemos es que dos hombres han asesinado primero a Karpis y Gaynor, hacia las seis de la tarde, y luego a Anatol Gregoriev, a las nueve de la noche.

—Yo estoy pensando —murmuró Lomax— que muy bien pudieron ser los rusos los asesinos.

—¿Sí? —lo miró amablemente Brigitte—. ¿Por qué lo piensa?

—Pues… Bueno, primero pudieron matar a Gaynor y Karpis, en efecto, y luego ir a la cabaña, esperar dentro a Gregoriev, matarlo, salir por la ventana, esconder aquellas pistolas, y entrar luego por la puerta, cuando me sorprendieron a mí, utilizando pistolas diferentes… ¿No les parece posible?

Brigitte y Pitzer cambiaron una sonriente mirada.

—Como comprenderá usted, señor Lomax —dijo Pitzer—, esa

teoría ya se nos ha ocurrido a nosotros. Pero nos parece excesivamente elaborado todo eso, la verdad. Podría ser una buena teoría para asesinos corrientes, pero no acaba de convencemos para un par de espías soviéticos.

—¿Espías? Pero ellos han dicho…

—¿Relaciones Públicas? —casi rió Brigitte—. Hombre, Lomax, no iban a decir que están en Estados Unidos dedicados al espionaje: serían expulsados, cuando menos. No. Dos espías habrían matado a Gregoriev y se habrían marchado. ¿Para qué complicarse la vida? Luego, otra cosa: sabían que Gregoriev iba a ir a aquella cabaña a reunirse con usted, ¿no es así?

—Eso parece.

—No. No es que *parezca*, sino que lo *sabían* con toda seguridad. Y querían que fuese allá, para enterarse de lo que usted tuviese que decirle a un diplomático ruso…

—¿Yo? ¡No tengo nada que decirle a los rusos! ¡Fue Gregoriev quien me citó a mí, no lo olvide!

—No lo olvido. Pero tampoco olvido que la versión de los rusos es opuesta: ellos dicen que usted citó a Gregoriev.

—¡No es cierto! ¡Yo sólo…!

—Cálmese. Todo eso quedará explicado a su debido tiempo, ya lo verá. Pero, como le decía, los rusos no fueron quienes mataron a Gregoriev. No. Para hacer eso, no tenían ninguna necesidad de dejarle llegar a la cabaña, ¿no cree?

—Pues… Bueno, realmente, parece lógico, claro…

—Por lo tanto, no fueron Val y Oleg los asesinos. Pero sean quienes fuesen, sabían que Gregoriev iría a la cabaña. Esos dos hombres, habían matado ya a Karpis y a Gaynor, y fueron a la cabaña a esperar a Gregoriev para matarlo también… ¿Le sugiere algo esto?

—No sé… No… ¡No entiendo nada!

—Pues está bien claro: alguien quería que ni Karpis ni Gaynor, ni Gregoriev pudiese decir nada.

—¿Qué podían decir? Además, eran un ruso y dos norteamericanos… ¿Qué relación podía haber entre ellos?

—Esa es la cuestión —sonrió fríamente Baby—. ¿Por qué asesinar a un ruso y dos norteamericanos que, en apariencia, no tenían nada en común…, salvo su profesión de diplomáticos?

Podríamos partir de esta pregunta. Y entonces…

Entonces, sonó la llamada a la puerta, que se abrió acto seguido. Y Brigitte, que había sacado su pistolita instintivamente, sonrió, y volvió a deslizaría en su escote: jamás en la vida se le ocurriría disparar contra el ayudante de Pitzer, contra Simón New York, que siempre la obsequiaba con rosas rojas.

—Hola, Simón —saludó cariñosamente.

El ayudante de Pitzer también sonrió, le tiró un beso con la mano, y luego hizo señas a ella y a su jefe para que se acercasen. Durante casi medio minuto, estuvo cuchicheando, los tres muy juntos, fuera del alcance auditivo de Lomax, que fracasó estrepitosamente en su intento de adivinar de qué se hablaba allí por medio de las expresiones de Baby y Pitzer: ambos rostros permanecieron en todo momento inescrutables.

Por fin, Baby dijo algo, Pitzer y el otro asintieron, y ella fue al teléfono colocado sobre la mesita de centro. Marcó un número, sonriendo secamente, y esperó unos pocos segundos, antes de decir:

—Quisiera hablar con Val Titov, por favor: de Relaciones Públicas.

—Sí, gracias; espero… —transcurrieron unos segundos, que la espía aprovechó para terminar su segundo diminuto bocadillo—. ¿Val? Soy Lili Connors: ¿me recuerda?

—Oh, muchas gracias. ¿Puede informarme ya sobre lo que convinimos?

—Ya. Sí, entiendo… Muy interesante.

—¿…?

—Oh, sí… Por supuesto que le creo, colega. No faltaría más… Escuche, Val, tengo que pedirle un favor, y le ruego que lo atienda: ¿podemos utilizar en esto una pequeña mentira?

—¿…?

—Pues me refiero a que deberíamos simular que Anat Greg ha tenido un accidente. Nosotros haremos lo mismo con nuestros dos familiares, ¿comprende?

—¿…?

—¿Con qué objeto? Vamos, vamos, Val… ¿Por qué buscar complicaciones diplomáticas o de cualquier otra clase? Nosotros…

—¡…!

—Un momento, un momento… Nosotros no…

—¡…!

—Mire, colega —habló ahora fríamente Baby—, usted ya debería saber que mi actitud es siempre la mejor *para todos*. Así que piénselo bien. Pueden pasar a recoger en la Morgue a Anat Greg cuando quieran, y después, hagan lo que gusten.

—¿Está bromeando? Vamos, vamos… Nosotros también hemos tenido dos pérdidas, ¿no es así?

—¿Cómo? —quedó estupefacta Brigitte—. ¿Que eso habría que verlo? ¡Hombre, esto es formidable…! Nada más sencillo: cuando vengan a recoger a Anat Greg pregunten por los nuestros, y los verán en sendos cajones frigoríficos. ¿Y sabe qué le digo?: ¡que usted y su guerra fría pueden irse a la porra! —colgó de un manotazo, y se volvió hacia los tres expectantes norteamericanos, farfullando—: ¿Habrase visto estúpido semejante…? ¡Lo mejor que se le ha ocurrido decir es que no creía que nos hubiesen matado a dos diplomáticos!

—¿Se han puesto duros? —murmuró Pitzer.

—Sí. Dicen que ellos no tienen nada que ver con todo esto, y que piensan darle la publicidad adecuada y exigir investigaciones a fondo a nuestros sistemas policiales por el asesinato de un diplomático ruso; que no tienen nada que ocultar, y que piensan llevar esto adelante con todas sus consecuencias.

—Maldita sea —gruñó Simón—. ¡Esos idiotas…!

—¿Qué ha querido decir con eso de la guerra fría? —masculló Pitzer.

—El jefe de Val debe ser un cretino: dice que no va a cambiar de opinión aunque esto nos lleve otra vez a los peores tiempos de la guerra fría. Nada de pactos. Pero eso ya lo veremos… Señor Lomax: ¿usted insiste en que fue Anat Greg…, quiero decir Anatol Gregoriev quien le llamó a usted?

—Y no me harán cambiar de opinión aunque me quemen vivo —masculló Weston.

—Bien —sonrió la espía—. ¿Sabe lo que dicen ellos respecto al modo en que se enteraron de que Gregoriev iría a la cabaña nueve de Villa Motel?

—¿Qué dicen?

—Que recibieron una nota escrita a máquina con ese… informe, y que dicha nota la firmaba Anatol Gregoriev.

—Fantástico —se pasmó Simón—. ¿De verdad vamos a creernos eso, Baby?

Brigitte Montfort tomó un poco de café, pensativa; luego encendió un cigarrillo, recogió su maletín, y señaló la puerta.

—Escuchemos primero a ese caballero, Simón.

—¿Qué… qué hago yo? —preguntó Lomax—. ¿Voy con ustedes?

—Desde luego que sí, señor Lomax. Su presencia es muy indicada en esta ocasión, precisamente… ¿Sabe quién nos está esperando en el coche?

—No, claro…

—Simón lo ha traído desde su casa: el jefe de Karpis, Gaynor…, y de usted, claro.

—¿*Mr*. Ashenden nos está esperando?

—Así es. De modo que venga usted… Aunque seguramente, no va a gustarle lo que él dice.

—¿Qué dice?

Brigitte sonrió, y salió la primera de la salita de espera. Poco después, los cuatro salían de la Morgue, y Simón señaló hacia el coche. Entraron los cuatro, Simón al volante, Lomax junto a él, y Brigitte y Pitzer detrás, uno a cada dado del hombre que esperaba, y al cual saludó un tanto preocupado Lomax:

—Buenas noches, señor…

—Hola, Weston. Estamos metidos en un mal lío, muchacho.

—¿Lío? Sí, señor, claro… Bueno, la verdad es que yo no entiendo nada de nada…

—Ya lo entenderá… —*Mr*. Ashenden, después de contemplar un instante atónito a Brigitte, volvió la cabeza hacia Pitzer—. Nos conocemos, ¿verdad? —sonrió secamente.

—Nos hemos visto en algunas ocasiones —murmuró de mala gana Pitzer—. Le presento a la señorita Lili Connors.

Ashenden se volvió hacia Brigitte, y frunció el ceño.

—También me parece recordarla de algo, señorita Connors.

Ésta, que conocía sobradamente al diplomático e incluso había recurrido a él para realizar algunos reportajes periodísticos sobre sesiones en la ONU, sonrió amablemente.

—Es muy posible que hayamos coincidido alguna vez en las playas de Miami, *Mr*. Ashenden.

—Ah…, sí, podría ser. Desde luego, me recuerda a alguien,

pero…

—*Mr*. Ashenden, mi ayudante dice que tiene usted algo muy importante que comunicar a la CIA —cortó Pitzer.

—Sí —Ashenden pareció abatido, de pronto—. En realidad, hace ya algún tiempo que debí recurrir, cuando menos, a nuestro servicio de seguridad diplomático, pero… Bueno, es muy delicado todo esto, y antes quería estar seguro.

—Seguro… ¿de qué?

—Bien —el diplomático parecía mortificado—. Puesto que ya la CIA está interviniendo, quizá lo que voy a decir les sirva de algo. Es muy desagradable, y no quisiera que…

—Por favor, *Mr*. Ashenden —gruñó Pitzer.

—Sí… Bueno, el hecho es que hace ya algunas semanas que tengo la… certidumbre de que alguien está tomando datos de nuestra postura diplomática en todos los aspectos sobre las cuestiones a debatir en la ONU.

—¿Qué quiere decir con eso exactamente?

—Yo diría… que… que… Bien…

—Creo —murmuró Brigitte— que *Mr*. Ashenden está tratando de decirnos que alguien de nuestro grupo de las Naciones Unidas está vendiendo información a los rusos, por ejemplo. ¿No es eso, *Mr*. Ashenden?

Éste se mordió los labios, y bajó la cabeza.

—Sí… Sí, eso es.

—Por el cielo —jadeó Lomax—. ¡Eso no es posible, señor!

Todos miraron a Weston Lomax, que había palidecido. Por fin, *Mr*. Ashenden movió la cabeza.

—Lo siento, Weston… Casi estaba seguro. Y ahora, tengo que estarlo completamente.

—¿Por qué está seguro? —casi gritó Lomax—. ¡Usted nos está acusando a todos nosotros, a sus colaboradores, de…!

—Cálmese —dijo Brigitte—. Con usted no va esto, Lomax.

—¿Cómo que no va conmigo? ¡Si él dice…!

—Cállese de una vez —refunfuñó Pitzer—. ¿No comprende que el asunto se está aclarando, y que todo apunta hacia Robert Gaynor y Joseph Karpis?

Lomax se quedó como si hubiese recibido un mazazo en plena cabeza.

—¿Qué… qué quiere decir?

—En nuestra opinión, la cosa empieza a aclararse. Hasta podría decirle por qué Anatol Gregoriev le citó a usted en el motel.

Lomax miraba incrédulamente a Pitzer.

—¿Usted… sabe eso?

—Y me parece que los demás lo han comprendido también. Según me ha informado… Lili, usted asegura que Gregoriev mencionó a Karpis… ¿cierto?

—Sí, sí… ¡Con toda seguridad!

—Y Gregoriev dijo también, más o menos, que él podía informarle de cómo estaba informado él.

—Sí, algo así…

—Pues me parece que vamos a tener que aceptar que Joseph Karpis y Robert Gaynor eran unos traidores, señor Lomax. Se lo explicaré: Karpis y Gaynor estaban vendiendo información a los rusos, y Anatol Gregoriev lo sabía; de pronto, decide ganar él también una buena cantidad de dinero, pasando información a los americanos… De entre los americanos a los que conoce, le elige a usted. Le cita en el Villa Motel, después de haber alquilado en éste una cabaña, la nueve…

—Pe… pero… Gregoriev no llevaba barba, y…

—Ponerse y quitarse una barba es cosa de segundos —gruñó Pitzer—. Él alquiló la cabaña con el nombre de Smithson, llevando una barba postiza, quizá algún relleno en las ropas… Pero, los rusos del servicio de vigilancia debieron verlo, y se dedicaron a vigilarlo durante el resto del día, ya que, ciertamente, lo que estaba haciendo Gregoriev era extraño. Unos rusos lo siguen, otros esperan cerca de la cabaña…, y los ven llegar a usted y a la señorita Connors. A ella no la conocen, pero a usted, sí: deben haberlo visto cientos de veces en las Naciones Unidas. Para entonces, además, los rusos han comprendido ya que toda aquella actitud de Gregoriev es inquietante; incluso es posible que tuviesen intervenido su teléfono, y supiesen que le había llamado a usted. La conclusión es muy fácil. Anatol Gregoriev piensa vender algo a los americanos. Y como Gregoriev, a su vez, sabe que un par de americanos están vendiendo información a los rusos, la cosa se complica, ya que lo primero que haría Gregoriev sería mencionar a los dos traidores americanos a usted…

—Dios… Ahora comprendo por qué mencionó a Karpis…

—Exacto. Pero volvamos a los rusos. Ellos saben que Gregoriev se va a ver con usted, lo cual no les conviene en modo alguno. Tampoco pueden limitarse a detener a Gregoriev… No. Hay que cortar por lo sano. Entonces, esperan a que Karpis y Gaynor salgan de las Naciones Unidas, y los citan en la carretera. Los dos acuden, ya que trabajan para los rusos. Allá, dos rusos matan a Karpis y Gaynor… Luego, como saben que usted acudirá a la cita con Gregoriev, de la cual por fuerza debían estar enterados, pues con toda seguridad, después de verle alquilar la cabaña aumentaron la vigilancia sobre él, recurriendo incluso a la interferencia telefónica, deciden sacar partido de la situación. Si se hubiesen limitado a asesinar a Karpis y a Gaynor, el asunto habría armado revuelo, lógicamente. Pero, hay un modo de pararles los pies a los investigadores americanos: complicarles la vida. Así que dos rusos esperan a Gregoriev en la cabaña, lo matan en cuanto entra, y escapan por la ventana. Segundos después, cuando llega usted, ya está muerto… La señorita Connors acude. Y detrás, los dos rusos que sólo esperaban su momento escénico: aparecen, y acusan a los americanos del asesinato del diplomático ruso Anatol Gregoriev. Concretamente, querían acusarlo a usted, ya que Gregoriev le había elegido. De este modo, los rusos han eliminado a un traidor que podía hacerles mucho daño, y, por si llegaba a poder decir algo, antes eliminan a Gaynor y Karpis, ya que si éstos caen en manos de la CIA, posiblemente podrían habernos proporcionado también no pocos informes sobre los rusos: con quien trataban, a cuántos rusos espías conocían, qué informaciones habían vendido a los rusos…, etcétera. ¿Comprende?

—Sí… Creo que sí. Pe… pero… ¿con qué objeto complican tanto las cosas?

—Ya se lo he dicho: meter a los americanos en él lío, y asegurarse así de que no diremos nada sobre los asesinatos de Karpis y Gaynor a cambio del silencio de ellos sobre el asesinato cometido por usted u otros americanos en la persona de Anatol Gregoriev.

—Pero esto no tiene sentido, porque los rusos se niegan a guardar silencio, acaban de decirle a la señorita Connors que piensan publicar el asesinato de Gregoriev en la prensa…

—Eso es lo que han dicho *esta noche* —dijo secamente Pitzer—. Pero le apuesto un millón de dólares a que cuando Lili los llame de nuevo, habrán… recapacitado, y aceptarán el pacto de silencio, o cuando menos, de discreción y dirán que el ciudadano soviético Anatol Gregoriev ha fallecido en lamentable accidente. Y claro está, nosotros tendremos que corresponderles, diciendo lo mismo sobre Karpis y Gaynor… Lo cual es precisamente lo que ellos quieren y han querido en todo momento. Eliminan a tres hombres que significan peligro para ellos, y… no pasa nada, ni la CIA se entera de nada… Estoy seguro de que lo entiende, señor Lomas.

—Sí, sí… ¿Y la nota?

—¿Qué nota?

—Los rusos dicen que Gregoriev les envió una nota escrita a máquina informándoles de su visita conmigo.

Pitzer soltó un bufido.

—¡Pero qué nota ni qué narices, hombre…! ¡No existe tal nota! Oh, bueno, claro, por supuesto los rusos deben haberla redactado, para mostrárnosla a nuestra satisfacción, pero es falsa. ¿Escribiría usted una nota a la CIA, por ejemplo, si tuviese una cita con un ruso para venderle información sobre su trabajo diplomático con *Mr*. Ashenden?

—¡Claro que no! —se sobresaltó Lomax.

—Entonces, ¿qué? ¿Gregoriev era un imbécil?

—No… Supongo que no. Pe… pero… todo esto… es una suciedad, es una… porquería… Traidores americanos, traidores rusos, asesinatos… Y los rusos son unos cínicos… ¡Ellos no pueden esperar que nosotros nos traguemos sus mentiras, tienen que saber que acabaremos comprendiéndolo todo, como así ha sido…!

—Lo saben, claro. Saben que nosotros lo sabemos.

—¿Y vamos a permitir que se salgan con la suya? ¡Han asesinado a tres hombres…!

—Un poco de guerra fría y un pacto de silencio.

—¿Un poco de…? ¡Esto no puede quedar así!

—¿El qué? —alzó las cejas Pitzer.

—¡Pues esto de los asesinatos y…!

—¿Asesinatos? —se sorprendió Pitzer—. ¿Qué asesinatos?

—¡Los de los diplomáticos nuestros!

—¿Qué diplomáticos? ¿De qué habla?

—¿De qué hablo? —aulló Lomax—. ¡De esta porquería de espionaje…!

—¿Qué espionaje? —sonrió mordazmente Simón.

—Hace una hermosa noche —dijo Lili Connors.

—Deberían llevarme a casa —dijo amablemente mister Ashenden—. Estaba escuchando música, y quisiera continuar, puesto que nada ha sucedido.

—¡¿Cómo que nada ha sucedido?! —vociferó el incrédulo Weston Lomax—. ¡No es posible que ustedes…!

—¿Y… cuál es su compositor preferido, *Mr*. Ashenden? —se interesó Baby, mientras Simón ponía en marcha el coche.

—Positivamente, Korsakov. ¿Y el suyo, señorita Connors?

—No me he decidido aún. ¡Hay tantos de verdadero talento…! Y naturalmente, Korsakov es uno de ellos. Uno de mis preferidos, sin duda. También me encantan de modo especial Albéniz y Tchaikovsky.

—¡Oh, Tchaikovsky…! ¿A quién puede no gustarle Tchaikovsky? Es maestro entre maestros. Por cierto, una de mis últimas adquisiciones discográficas…

Weston Lomax, que había ido mirando de uno a otro con ojos desorbitados, se llevó de pronto las manos al rostro, y gimió:

—Santo Dios… ¡Santo Dios!

—Alabado por siempre sea —murmuró Lili Connors.

Capítulo V

—Buenos días —sonrió la espléndida rubia.

En pijama y batín, Weston Lomax se quedó estupefacto ante la personalidad de su visitante. A la luz del día, aún resultaba más hermosa, parecía más joven, más esbelta… Una maravilla.

—Señorita Connors… ¿Qué hace usted aquí?

—¿En el pasillo, quiere decir?

—Oh… ¡Oh, perdone! ¡Por favor, pase usted! Bueno, está todo un poco desordenado… Suelo ser mucho más pulcro en mis cosas, pero…

—No se disculpe —rió ella—. Anoche, cuando lo dejamos en el vestíbulo, parecía usted agotado, así que debe haberse levantado muy tarde. Además —miró alrededor con gesto aprobativo—, está exagerando: es un apartamento bonito y limpio. No estaría bien que un diplomático viviese como un… espía. ¿Qué tal ha pasado la noche?

—Muy mal —susurró Lomax—. A decir verdad, apenas he dormido. Todo este asunto del espionaje y los…

—¿Qué asunto?

—Pues… Oh, claro —Lomax sonrió desganadamente—: no ha pasado nada. Sin embargo, no hace mucho he llamado a *Mr*. Ashenden rogándole que me disculpase de trabajar el día de hoy.

—Lo sé.

—¿Lo sabe? —se sorprendió Lomax.

—Yo también he hablado con *Mr*. Ashenden esta mañana, para tenerlo al corriente de un par de cosillas. Porque resulta que mientras ustedes, los diplomáticos, se retiraban anoche a descansar, nosotros, los espías, continuamos trabajando. La verdad es que no he dormido esta noche.

—¿De veras? ¡Pero si parece tan… tan descansada, tan fresca…!

—Es la ventaja de ser hermosísima.

—¿De ser…? Oh, bueno…

—¿No le parezco hermosísima?

—Sí… Sí, claro —Lomax se echó a reír—. ¡Por supuesto que me lo parece, señorita Connors! Pero no estoy acostumbrado a que las mujeres me digan que son hermosísimas ellas mismas.

—Es que yo detesto la falsa modestia.

—Pues… ¡De acuerdo! —volvió a reír Lomax—. Bueno, perdone que la haya recibido así, pero no esperaba visitas, ciertamente. Ni siquiera me he bañado aún… ¿Qué par de… cosillas tenía usted que decirle a *Mr*. Ashenden? ¿O no puedo saberlas?

Había llegado al *living*, y Lili Connors, tras volver a mirar con aprobación a su alrededor, se dejó caer en un sillón, con gesto fatigado.

—Puede saberlas —suspiró—. He venido expresamente a decírselas, para que su conciencia se tranquilice.

—Bien… ¿Qué es ello?

Lomax se sentó en otro sillón, y tendió cigarrillos a Brigitte, que encendió uno y se quedó mirando el humo a la luz del sol.

—Lo más importante —murmuró—, podríamos decir que es lo referente a los rusos. Esta madrugada, volví a llamar a Val, y le insistí en que debíamos… ser consecuentes con este asunto. Aceptó.

—¿Aceptó? ¿Quiere decir que los rusos no dirán nada, que simularán ese accidente con Anatol Gregoriev…?

—Exactamente.

—Lo cual significa que ellos saben que nosotros lo sabemos todo, y que… aceptamos las cosas como están, que no queremos jaleos, tal como ellos planearon. ¿No es así?

—En efecto. Pero, querido amigo, en espionaje, unas veces se gana y otras veces se pierde. Esta vez, nos ha tocado perder a los de la CIA. Ya vendrán tiempos mejores.

—Claro… ¿Qué más?

—Estuvimos en el apartamento de soltero de Joseph Karpis. Y ya no hizo falta más.

—¿Qué quiere decir?

—Que desistimos de registrar la casa de Robert Gaynor. Por sorprendente que a usted pueda parecerle, hemos tenido este… gesto de consideración hacia la viuda y el huérfano de Gaynor.

—La viuda y el huérfano… —palideció Lomax.

—¿No había pensado en eso?

—No… No.

—Nosotros, sí. Pero, además, era innecesario el registro en la casa de Gaynor. Ya encontramos algunas cosas en el apartamento de Karpis.

—¿Qué cosas? —se irguió Lomax.

—Una libretita con una clave que en estos momentos debe estar siendo sometida a estudio en la Central de la CIA. Y una pequeña cámara fotográfica oculta en un reloj de pulsera que Karpis tenía en su caja fuerte. Con lo que todo queda confirmado: Karpis y Gaynor trabajaban juntos para los rusos. Obtenían microfotos con el reloj, informes orales que luego transmitían con la clave de la libreta… En fin, no creo que a usted le interesen los detalles. Pero sí los hechos: han muerto dos traidores americanos y un traidor ruso. Lástima que los rusos se diesen cuenta de la jugada de Anatol Gregoriev; si no hubiese sido así, anoche usted habría obtenido una valiosísima información de ese ruso. Sin duda, le habría facilitado datos importantes y, en especial, para demostrar su buena fe, se habría apresurado a decirle a usted que Gaynor y Karpis estaban trabajando para los rusos.

—Sí, ya entiendo, ya… Y le diré una cosa: no voy a tomar más café con los rusos en los bares de las Naciones Unidas.

—Comprendo su actitud. Bueno… ¿Qué tal si nos vamos ya?

—¿Adónde?

—Al campo. ¿No le gusta el campo?

—Pues sí… Bueno, claro…

—Pero no a un campo de golf. Mire, Weston, yo comprendo muy bien su estado de ánimo, así que cuando *Mr*. Ashenden me ha dicho que usted no iba a trabajar hoy, he decidido ayudarle a olvidar todo esto. Nos vamos al campo, almorzamos por ahí, tiramos piedras al río y recogemos flores… Hay que aprovechar la primavera…, y la vida.

—No debe usted… molestarse por mí…

—Cualquier cosa que yo haga por mis amigos, nunca significa molestia, Weston. Vamos, anímese: flores, aire puro, sol, un almuerzo especial, el rumor de un riachuelo…

—Me está convenciendo —rió Lomax.

—Debería estar convencido *ya* —refunfuñó graciosamente Lili Connors—. ¿Qué más tengo que hacer para acabar de convencerlo? ¿Besarlo?

—De todas sus sugerencias, ésa es la más atractiva —rió Lomax de nuevo—. Pero tampoco espero tanto sacrificio…

—Entonces…, ¿se conforma con el campo?

—De acuerdo. Me arreglo en unos minutos —se puso en pie el diplomático—. ¿Me disculpa?

—Naturalmente —Lili también se puso en pie, se acercó a él, y se abrazó a su cuello—. En cuanto a lo del beso, no me parece por cierto ningún sacrificio…

Weston Lomax se envaró cuando la boca de ella llegó a la suya. Pero en seguida, aceptó el beso, y rodeó con sus brazos el fino y elástico cuerpo femenino, notándolo vibrar durante la caricia… Era como estar ya en el campo… Weston Lomax estaba seguro de que ya olía flores, le parecía estar recibiendo una brisa fresca, oyendo el canto de pajarillos, el rumor de un riachuelo… Todo, todo, todo, mientras duró el beso…

Por fin, ella se apartó, suspirando; lo miró, y sus labios sonrosados temblaron en una pregunta:

—¿Ha sido sacrificio… para ti?

—No —susurró Lomax.

—Entonces, podríamos… repetir la experiencia…

Lomax volvió a apretar la cintura femenina, y de nuevo tuvo entre los suyos los labios, que parecían frescos, tiernos, como pétalos de flor exquisita… Ella gemía quedamente, correspondiendo al beso con tal dulzura que los oídos de Lomax comenzaron a zumbar, sus funciones comenzaron a alterarse… La apartó rápidamente, y su voz sonó ronca:

—Si no nos vamos pronto…, ya no saldremos de aquí hoy, Lili.

—¿Prefieres el campo a mí? —susurró ella.

—Prefiero… las dos cosas. ¿Todas las espías son como tú?

—Oh, no —rió Baby—. ¡Yo soy la más mala de todas!

—¿De veras? Bueno, sólo te diré que si tú eres la más mala, a partir de ahora sólo querré tratos con mujeres que sean espías.

Rieron los dos… Lomax la besó en el cuello, la separó, y movió la cabeza.

—Voy a arreglarme. Considérate en tu casa.

—Así lo haré… Ah, Weston: ¿cómo está tu coche?
—¿Mi coche? Bien… ¿Por qué?
—Es que he venido en taxi.
—Ah, claro. Iremos en el mío, desde luego. Termino en seguida.
Lili Connors sonrió, le envió un besito aéreo que debía ser dulcísimo, y volvió a sentarse.

Quince minutos más tarde, los dos llegaban al aparcamiento subterráneo del edificio donde Lomax tenía su apartamento. Salieron del ascensor, riendo, tomados de una mano, y el diplomático señaló con la otra hacia su coche.
—Aquél es. Y tal como están las cosas, lamento ahora que no sea descapotable.
—¿Por qué?
—Me gustaría correr con él por el campo, y así recibiríamos con más intensidad el aroma de las flores.
—La idea es buena —siguió riendo ella—, pero no sé si eso resultaría adecuado para un coche que lleva la placa de diplomático, la verdad.
—Bueno, los diplomáticos también tenemos derecho a los mejores aromas de las mejores flores, ¿no?
Lili Connors fue a contestar, siempre risueña, pero decidió aplazar su respuesta, porque en el mismo instante, el motor de un coche cercano a ellos rugió con fuerza al ser puesto en marcha. La espía miró hacia allí, fruncido el ceño, con claro gesto de disgusto. Al fin y al cabo, para poner un coche en marcha no hacía falta tanto escándalo…
—¡Weston! —gritó de pronto—. ¡Al suelo!
El diplomático quedó como petrificado, clavados sus pies en el suelo, sin comprender aquella actitud de la espía, desconcertado… Pero, al mismo tiempo que gritaba, Lili Connors lo empujaba con fuerza, derribándolo y cayendo encima de él, ambos muy cerca de un coche de los allí estacionados…, y en cuya carrocería rebotaron con agudo tañido algunas de las balas que estaban disparando desde el vehículo recién puesto en marcha.
—¡Por aquí, por aquí…! —gritaba Lili, arrastrándose y arrastrando con ella su simpático maletín.
Frenéticamente, Weston Lomax fue tras ella, rodeando el coche por delante, mientras el otro giraba, y enfilaba hacia ellos, pero

iniciando la curva que lo conduciría a la rampa de salida. Con la cabeza vuelta, Weston Lomax pudo ver al conductor, manejando el volante con la mano derecha solamente, mientras la izquierda aparecía por la ventanilla, armada de una pistola con silenciador. En la ventanilla de atrás del mismo lado, otro hombre asimismo armado los miraba duramente, y en aquel momento volvía a disparar. Lomax lanzó un grito cuando dos balas volvieron a rebotar en el coche, en la parte posterior, por encima de su cabeza. El del volante también disparó, y uno de los cristales del coche que los protegía saltó en miles de diminutos fragmentos…

Protegido ya eficazmente detrás del coche, Lomax miró con expresión desorbitada, desencajado el rostro, a Lili Connors, que había abierto ya su maletín y sacaba la pistolita de cachas de madreperla.

Ya armada, se dispuso a repeler la agresión, pero una nueva andanada de balas la obligó a permanecer protegida, mientras los neumáticos del coche enemigo rechinaban con fuerza emprendiendo la ascensión por la rampa. Era forzoso que el conductor hubiese dejado ya de disparar, así que Baby intentó de nuevo el contrataque… Pero, en la ventanilla de atrás, el otro hombre volvió a disparar, y las balas chascaron secamente por encima de la cabeza de la espía, que tuvo que encogerse de nuevo.

Sólo consideró prudente aparecer, por fin, cuando ya el coche giraba en la curva ascendente, de tal modo que el tirador de atrás no podía disparar contra ellos. Pero, para entonces, también para ella era tarde, pues apenas había estirado el brazo, el coche desaparecía rampa arriba.

Con un gesto de disgusto, Baby desistió de toda acción, y se acuclilló delante del encogido, aterrado Weston Lomax, que la miraba con ojos saltones.

—¿Estás bien, Weston?

—Sí… Creo… creo que sí… Pero no comprendo…

—Querían matarnos, evidentemente. Será mejor que salgamos de aquí, antes de que alguien llegue a curiosear. ¡Vamos a tu coche, de prisa!

—¡No! —gritó Lomax—. ¡Nos estarán esperando arriba!

—Demasiado arriesgado para ellos —negó Lili—. Deben estar alejándose de aquí a toda velocidad. Vamos.

—No, no, no…

—Vamos, no seas niño, querido. ¿Qué es lo que quieres? ¿Que se nos eche toda la policía encima y que tengamos que dar tantas explicaciones que toda discreción no sirva ya de nada? ¡Tenemos que marcharnos, hemos hecho un pacto de silencio con los rusos! ¡Haz el favor de sobreponerte!

Lo asió de un brazo, y tiró de él, con sorprendente fuerza, obligándolo a ponerse en pie, y empujándolo luego hacia su coche. Por la escalerilla paralela a la rampa de acceso bajaba ya un empleado del estacionamiento, corriendo…

—Yo conduciré —dijo Lili—. Dame las llaves. ¡Vamos…!

Entraron los dos en el coche, y Lili lo puso en marcha en el acto, maniobrando tan velozmente que el empleado que llegaba a todo correr, gritando, tuvo que apartarse de un salto que casi dio con él en el suelo. Cuando se puso en pie, el coche con placa diplomática subía por la rampa a toda velocidad, atronando los sótanos con el chirriar de sus neumáticos.

—Me está llamando… —jadeó Lomax—. ¡Me ha reconocido, y conoce perfectamente mi coche! ¡Avisará a la policía!

—¡Yo arreglaré eso!

—¡Pero no tenemos por qué huir! ¡Podemos…!

—Lo único que podemos hacer es desaparecer de aquí, ocultarnos donde nadie sepa dónde estamos.

—Pero…

—¡Ya está bien! ¡Cállate!

El coche apareció arriba, y se lanzó hacia la calle, llegando a ésta con exceso de velocidad, que Lili redujo con seco frenazo. En pocos segundos, se hallaban incorporados a la densa circulación neoyorquina y Lili lanzó un largo y profundo suspiro.

—¿Quieres abrir mi maletín, por favor? —pidió.

Lomax se lo colocó sobre las rodillas, y lo abrió, pero mirando a todos lados…, mientras Lili miraba con más atención hacia atrás, por medio del retrovisor.

—Ya… ya está.

—Parece que no nos sigue nadie —ella dejó la pistolita en el maletín, y tomó un paquete de cigarrillos, tirando de uno de ellos con los labios; pero no era para fumar; a los pocos segundos, sonaba una voz de hombre en el paquete.

—¿Sí?

—Simón, soy yo.

—¡Oh, la divina espía…! —exclamó alegremente Simón, el de la floristería—. ¿Qué ocurre? ¿Ya se han marchitado las rosas…?

—No es una llamada social, Simón: han querido matarme hace un par de minutos. Es decir, han querido matarnos a Lomax y a mí.

A oídos de Lomax había llegado el respingo de Simón, y en seguida, su voz, inquieta, tensa:

—¿Está bien? ¡Si la han herido…!

—No, no. Por suerte, me di cuenta a tiempo. No sé ni cómo hemos podido salir con bien de ésta. ¿Está tío Charlie ahí?

—Sí, en la tienda… ¿Lo llamo?

—Puedo decirle usted lo que quiero que hagan, Simón: vengan al edificio donde vive Lomax, y arreglen las cosas de modo que no haya escándalo; es muy posible que cuando lleguen el empleado del estacionamiento haya llamado ya a la policía. Bien; encárguense ustedes de que la cosa no trascienda, ¿está claro?

—Sí, desde luego. Pero usted…

—Siga escuchándome. He podido ver la matrícula del coche desde el cual nos han atacado dos hombres: era un «Dodge», matrícula del Estado, AXC 2936. Color oscuro… Granate. Quiero que todos los agentes disponibles en el Sector se dediquen a buscar ese coche inmediatamente. Pero si lo encuentran, no hagan nada: sólo avísenme. ¿Está claro?

—Sí, sí. ¿Dónde va a estar usted?

—En el campo.

—¿En el…? Perdone: ¿dónde ha dicho?

—En el campo, pero no tan lejos que no pueda recibir la llamada de usted, pues colocaré el supletorio a la radio.

—De acuerdo. ¿Y qué va a hacer en el campo?

—Esperar… y oler las flores. ¿Le parece mal?

—Me parece estupendo. Cuanto más lejos esté de Nueva York mientras nosotros trabajamos, mejor para todos… Mire, hay algo que no entiendo, Baby: ¿dice que la han querido matar a usted?

—En efecto. Bueno, a Lomax y a mí.

—Ya.

—¿Por qué dice «ya» con ese tono?

—Creo que usted me entiende, así que ahorrémonos

explicaciones. ¿Algo más?

—De momento, no. Hasta luego, Simón.

Cerró la radio, la guardó en el maletín, y miró a Lomax para decirle que podía cerrarlo. Lo vio mirándola fijamente, lívido.

—Era a mí a quien querían matar —susurró él.

—Sí, claro. A los dos nos querían matar…

—¡A los dos, no! ¡A mí solo! ¡Y no me tomes por un estúpido! Tu amigo Simón lo ha entendido también, ¿no es cierto?

—Bien… Pues… sí, creo que sí, Weston. La verdad es que en Nueva York nadie conoce mi identidad de espía, y, además, no sé si te has dado cuenta —sonrió un tanto crispadamente—, voy caracterizada, no ofrezco mi verdadero aspecto. Nadie tenía por qué atacarme, por lo tanto, ni saber que te iba a visitar… Y si querían matarme a mí, no tenían por qué esperarme en tu aparcamiento… Creo que te estaban esperando a ti. Bueno, parece lo lógico, ¿no? Pero no debes preocuparte: yo arreglaré todo esto. Confía en mí.

Miró a Lomax, y consiguió sonreír de modo más convincente; mas su sonrisa no sirvió de nada: Lomax estaba cada vez más pálido, y unas gotitas de sudor habían aparecido en su frente.

—¿Quieren matarme? —jadeó—. ¿Por qué? ¿Por qué?

—No lo sé. Pero te aseguro una cosa: cuando los espías salimos a matar, nunca lo hacemos por capricho. Bueno, siempre hay algún loco, pero, por fortuna, son los menos. Es de suponer que tienen un motivo para desear tu muerte.

—¿Eran rusos?

—¿Cómo voy a saberlo? Sin embargo… Bueno, sería absurdo: Val Titov y yo hemos hecho un pacto de silencio, y eso implica otras muchas cosas… ¿Los rusos? Francamente, me sorprendería que ellos quisieran complicar todavía más las cosas.

—Pe-pero entonces, si… si no han sido los rusos…

—Yo no he dicho que no hayan sido los rusos, sino que me parecería una estupidez y una temeridad por su parte. A fin de cuentas, están en territorio extranjero, y a los de la CIA podría darnos por echarlo todo a rodar, y siempre perderían ellos. ¡Qué tontería! ¡Claro que no pueden haber sido los rusos! Tranquilízate. Tal como hemos proyectado, nos vamos al campo, y mientras nosotros nos serenamos, mis compañeros trabajarán bien: te lo garantizo.

Capítulo VI

Sin embargo, los agentes del Sector de Nueva York de la CIA, no pudieron corresponder a la seguridad que Baby tenía en un buen trabajo por su parte. Al menos, en cuanto a rapidez se refería.

A las cinco de la tarde, todavía no habían llamado por la radio, y Brigitte comenzaba a mostrarse algo molesta, pese a la belleza y tranquilidad del paisaje. Tal como habían proyectado, almorzaron en un parador del camino, muy alegre y moderno, cerca de Mount Kisco. Luego, fueron paseando con el coche, hasta encontrar aquel lugar que les satisfizo para sus propósitos de descansar. Junto a la orilla del Hudson River, muy cerca de Peekskill, se dedicaron a tomar el sol y conversar apaciblemente, delante de ellos, al otro lado del río, se extendía la verde mancha del Palisades Interstate Park.

Pero, a aquella hora, todavía sin resultados respecto a la búsqueda del coche de los agresores, Lili Connors comenzaba a demostrar impaciencia, mirando a menudo su relojito.

—Bueno —tuvo que admitir—. No me han hecho quedar muy bien, ¿verdad?

—Tiene que ser difícil encontrar un coche determinado en Nueva York —murmuró Lomax.

—Para una sola persona, sí, Para la CIA, no. Ya deberíamos tener alguna noticia.

—Quizá hayan escondido el coche en algún garaje o estacionamiento privado. Si ha sido así, tus amigos están perdiendo el tiempo.

—Puede ser eso, claro… ¿Qué te ocurre? Pareces distraído, Weston.

—Es que estaba pensando… ¿Por qué habrán querido matarme a mí? No soy nada, ni nadie, no significo nada…

—Yo también he reflexionado sobre eso —asintió Baby—. Y creo

que te equivocas, querido.

—¿Me equivoco? ¿Qué quieres decir?

—A veces, se sabe algo que ni siquiera uno mismo sabe.

—¿Qué? —se desconcertó Lomax.

—Verás —ella se incorporó sobre un codo, sonrió, y lo besó en la barbilla—. En ocasiones, hemos visto u oído algo a lo que no damos la menor importancia, pero que para otras personas sí es importante. Por ejemplo: tú entras en un bar, te sientas ante el mostrador echando un vistazo a tu alrededor, y pides un café. Nada más simple, ¿no te parece?

—Claro…

—Bien. No has visto nada especial, nada que te llame la atención. Sólo has visto cuadros, algún espejo, sillas, botellas, un teléfono…, y los rostros de los demás clientes del bar. Para ti, insisto, nada de eso significa nada. Pero, uno de los clientes del bar es quizá una persona que no debería estar allí según las normas de su vida y sus relaciones sociales o profesionales. Quizá está con una mujer que no es la suya, o hablando con un representante de una empresa rival en los negocios. Cualquier cosa. Y esa persona, al darse cuenta de que tú la has visto, se siente molesta.

—Pero… ¿por qué?

—Pues porque quizá dentro de dos días, o tres, él sabe que es posible que volváis a veros en diferentes circunstancias, y entonces, tú recordarías haberlo visto en otro lugar, hablando con un hombre que representa a la empresa rival de la que él trabaja, o con una mujer que no es la suya, lo cual tú comprenderías cuando lo vieses con su esposa… ¿Entiendes?

—Sí… Sí, sí. ¿Quieres decir que yo sé algo o he visto algo que en un momento determinado puede comprometer a determinada persona?

—Eso es exactamente lo que pienso.

—Menos mal.

Lili Connors lo miró sorprendida.

—¿Qué dices?

—Pues… he estado pensando que… que quizá tú pensabas que yo también soy un traidor, como Karpis y Gaynor, y que también querían eliminarme por eso antes de que la CIA me descubriese.

—Lo he pensado —rió Baby—. ¡Admito que lo he pensado,

Weston! Pero deseché en seguida esa idea: si tú también fueses un traidor, estarías ahora tan muerto como Karpis y Gaynor… No te habrían dejado vivir más allá de las seis de la tarde de ayer.

—¿De modo… que desconfías de mí? —jadeó Lomax.

—No seas tonto —murmuró ella dulcemente—. Ya te he dicho que lo pensé, pero que deseché en seguida la idea.

—Desconfías de mí…

—Oh, vamos, no seas tonto —insistió ella—. No se trata de eso, sino de que tenía que sopesar todas las probabilidades. Soy una espía, mi amor, no una mecanógrafa ingenua y buena que se lo cree todo. He visto tantas cosas en los últimos diez años de mi vida, que ya jamás doy por sentada cosa alguna hasta estar segura de un modo *total*. He aprendido a no dejar nada al azar, a no confiar en nada ni en nadie… Admito que esto es triste, casi desesperante, pero si yo no hiciese eso, no estaría viva.

—Si desconfías de mí, no quiero…

—Te estás poniendo antipático —ella se echó sobre el pecho de él, de lado, y le acarició los cabellos—, y estás estropeando la placidez de esta hermosa tarde.

—Si tú piensas…

Lili Connors no le dejó continuar. Una vez más, su sonrosada y dulce boquita entró en contacto con la de Weston Lomax, cuyas manos rodearon la delgada cintura…

Bip-bip-bip-bip-bip…

Baby se separó rápidamente de Lomax, sentándose sobre la hierba, y sacando del escote la radio de bolsillo.

—¿Sí? —exclamó.

—Hola —se oyó el refunfuño de Simón—. Supongo que no debe estar precisamente contenta de nuestra labor.

—No siempre se gana —murmuró ella—. ¿Nada?

—Nada todavía. Ese coche se lo ha tragado la tierra. Pero hay algo que debo decirle… Después, puede usted insultarme todo cuando guste.

—Ya sabe que no tengo tan mal gusto —frunció el ceño la divina espía—. ¿Qué tiene que decirme?

—Bien… He estado dirigiendo la búsqueda de ese coche, pero ya le digo que sin resultado, hasta el momento. Lo demás sí quedó arreglado, hemos echado tierra sobre el asunto… En fin, por esa

parte no hay cuidado. Bueno, yo… Mire, finalmente, hace cosa de una hora, pensé que quizá convendría echar un vistazo al apartamento del señor Lomax; un vistazo a fondo, quiero decir.

—¿Para qué? —se sorprendió Lili Connors, mirando a Lomax, que había fruncido el ceño al escuchar esto.

—No lo sé. Llámelo corazonada, o quizá fue que estaba irritado y quería justificar mi tiempo… No sé. Lo cierto es que me fui allá, y eché ese vistazo: he encontrado dos micrófonos.

—¿En mi apartamento? —exclamó Lomax, palideciendo.

—Ah, señor Lomax, está ahí… Pues sí, desde luego: en su apartamento.

—¡No puede ser, eso no es cierto…!

—¿Qué trata de decir? —se oyó el gruñido de disgusto de Simón-New York.

—Bu-bueno, no he querido… ¡Pero es imposible!

—¿Por qué es imposible, señor Lomax?

—Pues porque… porque… ¡No lo entiendo!

—Cálmate —dijo Baby—. Te aseguro que todo tendrá una explicación, tarde o temprano. Simón: ¿qué clase de micrófonos? ¿Rusos?

—No, no. Nacionales.

—Está bien. ¿Algo más?

—No.

—Sigan buscando el coche, entonces.

—*Okay*. Lamento no poderle ofrecer nada mejor, Baby.

—Sigan trabajando —murmuró ella—: es el mejor modo de poder ofrecerme algo, por mucho que tarden en conseguirlo. Adiós.

—Adiós.

Baby cerró la radio, y quedó pensativa, mientras Weston Lomax la miraba, como hipnotizado, como alucinado todavía por la revelación de que habían sido encontrados micrófonos en su apartamento.

—No lo entiendo… Pe-pe-pero ¿quién soy yo, por qué se meten conmigo, qué…?

—Tenemos que marchamos —dijo de pronto ella.

—¿Marcharnos? ¿Adónde?

—A un lugar seguro. A un lugar verdaderamente seguro, Weston. ¿No lo entiendes? Tenías micrófonos en tu apartamento, lo

que significa que alguien escuchó toda nuestra conversación, y que, por lo tanto, sabe que no estamos en Nueva York, sino fuera de ella, en el campo… Por eso mis compañeros no han encontrado el coche: mientras ellos lo buscan por New York City, los del coche deben estar buscándonos a nosotros por el campo.

Weston Lomax quedó lívido.

—¿Quieres decir que…?

—Quiero decir que el campo es grande, y que quizá nunca nos encontrarían, pero… prefiero llevarte a un lugar seguro. Y, tal como están las cosas, resulta más seguro Nueva York que el campo. Tengo en la ciudad un escondrijo que nadie conoce, y que he utilizado poquísimas veces. Nos iremos allá. Y vamos a hacerlo ahora mismo… Y aún haré más… —sacó de nuevo la radio—. ¿Simón?

—Sí, Baby: diga.

—Simón, dejen de buscar ese coche, por el momento: quiero que todos vengan hacia la estatal 9 cuanto antes, para escoltamos discretamente a Lomax y a mí de regreso a Nueva York.

—¿De regreso a…? Pero… Oh… ¡Maldito y estúpido de mí! —exclamó de pronto—. ¡Los micrófonos! ¡Si los hubiese encontrado antes habríamos…!

—No hay tiempo para lamentaciones. Vengan hacia la estatal 9.

—Inmediatamente.

Baby guardó la radio, se puso en pie, y señaló ladera arriba, hacia donde habían dejado el coche.

—Vamos, de prisa.

Llegaron junto al coche en un par de minutos, jadeando, y mirando a todos lados, Brigitte con la pistolita en la mano. Pero no parecía haber peligro alguno. El campo, en efecto, es grande…

—Será mejor que conduzcas tú —dijo Baby—. Yo iré preparada por si nos atacan.

Lomax pasó al volante, y sacó el coche de allí, rebotando sobre el desigual terreno hasta llegar a la carretera, mirando a todos lados en busca del temido «Dodge» color granate.

—Tranquilo —quiso sonreír Baby—. Las probabilidades de que nos encuentren son en verdad escasas, querido. No te pongas nervioso, conduce con cuidado… Yo me encargo de vigilar.

Weston asintió con un gesto, y dedicó toda su atención al volante. Llegaron muy pronto a Ossining, cruzaron esta localidad y

siguieron siempre a moderada velocidad hacia el Sur, hacia Nueva York. Los dos silenciosos, preocupados… Baby iba mirando con frecuencia hacia atrás.

Y al hacerlo una vez más, frunció el ceño.

—Parece que nos sigue un coche —murmuró—. No lo había visto antes, seguramente estaba fuera de la carretera… Pero no es el mismo coche, es otro… ¡No aceleres! —miró a Lomax, y lo vio sudando de angustia—. Es muy posible que sólo sea una casualidad… Por favor, Weston, serénate… ¡No! ¡Acelera, acelera…!

Lomax lanzó un grito, hundió el pie hasta el fondo, y el coche pareció saltar, aumentando instantáneamente la velocidad. Mientras tanto, dirigió una mirada al retrovisor, y vio al otro coche aumentar también la velocidad.

—Nos van a alcanzar…

—No. Tu coche es más potente. Pero además, les voy a dar una lección que nunca olvidarán… Mejor dicho, la olvidarán en seguida, pues los muertos no recuerdan nada…

Estaba sacando de su maletín lo que parecía un trípode pequeño, de aluminio. Velocísimamente, enroscó las tres patas, y encajó en un extremo lo que, a simple vista, era un secador de cabello a pilas. Luego, introdujo por el extremo libre una pequeña esfera metálica que sacó de un frasco de crema facial. Con cuidado, bajó la ventanilla de su lado completamente, y se asomó, colocándose el secador de cabello en el hueco del hombro izquierdo… Difícil disparo en todos los sentidos: los dos coches a toda velocidad, tener que disparar por la izquierda, un hombre que aparecía por una ventanilla del otro coche, pistola en mano…

Zúuuummm…, oyó Weston Lomax.

Por instinto, miró una vez más al retrovisor.

Y lo vio.

Lo vio todo perfectamente.

Por delante del otro coche, estalló una llamarada, mientras Baby lanzaba una exclamación de rabia por haber fallado el disparo… Pero fue un disparo que, pese a todo, tuvo sus consecuencias: el otro coche pasó rebotando por el boquete recién abierto en el asfalto, envuelto en humo, y se dirigió directo hacia los árboles que flanqueaban la carretera, rechinando los neumáticos. El conductor

consiguió dominar el vehículo, lo regresó al centro de la calzada, volvió a perder el control, empeorando sus posibilidades al estar frenando a toda potencia; el coche volvió a dirigirse hacia el borde de la carretera, de lado…, y finalmente, ya a escasísima velocidad, se salió, pasó rozando un árbol, y fue a incrustarse blandamente, de lado, contra otro.

—Vaya —dijo fríamente Lili Connors—. Ha habido suerte, después de todo. Disminuye la velocidad.

—Deberíamos…

—¡Disminuye, te digo! ¿Qué quieres? ¿Que nos pare la Patrulla de Caminos? ¡Ahora ya no la necesitamos!

Lomax miró, aterrado, a aquella preciosa, encantadora muchachita que tan pronto parecía la más dulce de las criaturas como se mostraba capaz de afrontar lo que fuese, conservando en todo momento la serenidad. Redujo la velocidad, y se pasó una mano por la frente empapada en sudor. Un sudor fino y frío.

—Me… me están acosando… Quieren matarme a toda costa.

—Conseguiremos llegar a mi escondrijo —aseguro Baby—. Y allá nadie te encontrará. Mientras tú permaneces allí… ¿Qué te pasa? —exclamó al ver el gesto de terror del diplomático.

—¡El «Dodge»! —aulló Lomax—. ¡El «Dodge», está ahí, cruzado en la carretera…!

—¡Pasa por un lado, hay espacio suficiente!

—No podré… ¡No podré, no puedo dominar el coche…!

La fortísima colisión con el «Dodge» color granate cruzado en la carretera parecía inevitable, pero Baby colocó su pie izquierdo encima del derecho de Lomax, que estaba frenando, y le ayudó a hacerlo, los neumáticos chirriaron, arrancaron chispas de la carretera, desprendieron humo, se quemaron parcialmente…, y el coche del diplomático quedó detenido a menos de dos metros del «Dodge», mientras el aterrado Lomax ni siquiera acertaba a reaccionar cuando dos hombres aparecían en la carretera, uno por cada lado, pistola en mano, alzándola ya para disparar…

—¡Encógete! —gritó Baby.

Al mismo tiempo, su pistolita pasaba rozando la nariz de Lomax, y emitía su suavísimo chasquido: plof… El hombre que estaba a la izquierda del coche de Lomax lanzó un alarido, y saltó hacia atrás, soltando la pistola, mientras ya Brigitte Baby Montfort se volvía con

velocidad increíble hacia la otra ventanilla… El coche vibró al recibir el primer impacto del hombre de aquel lado, que lanzó un grito cuando vio aparecer por el hueco de la ventanilla el rostro de la bellísima rubia, la pistolita…

Plof.

Otro chillido, otro salto hacia atrás: el segundo enemigo de aquella ocasión desapareció en la cuneta, rodando…

—¡Marcha atrás! —gritó Brigitte—. ¡Weston, marcha atrás!

—No… no po-podremos p-p-pasar…

—¡Sí podremos! ¡Marcha atrás!

Weston Lomax obedeció, cada vez más lívido su rostro, crispadas sus manos… El coche de matrícula diplomática salió disparado hacia atrás, frenó en seco, y volvió hacia delante, buscando el pequeño espacio entre el borde de la carretera y la parte delantera del «Dodge», a marcha moderada, obligadamente prudente… Baby lanzó una exclamación, pasó de nuevo su brazo por delante del rostro de Lomax, y disparó otra vez.

El primer enemigo del «Dodge», que se ponía en pie empuñando su recuperada pistola, volvió a gritar, se llevó las manos al abdomen, y cayó de bruces. Weston Lomax parecía una estatua de yeso, rígido, crispado… pero consiguió pasar por delante del «Dodge», y en seguida, metió el acelerador hasta el fondo. Brigitte miró hacia atrás, asintió, y recurrió a su radio de bolsillo.

—¡Simón!

—¡Diga! —llegó la respuesta en el acto.

—Hemos sido atacados ya dos veces en la carretera. Creo que he matado a dos hombres, no estoy segura… Eran los del «Dodge» que ha quedado cruzado en la carretera. Más atrás, más cerca de Ossining, hay otro coche, que se ha estrellado contra un árbol, pero dudo que los hombres que iban en él hayan sufrido daño alguno… Quiero que los recojan a todos, y los lleven adonde podamos interrogarlos. Y recuerde: sigue el pacto de silencio…, por ahora.

—Está bien… ¿La han herido a usted, o…?

—No, no. Los dos estamos bien… ¿A qué altura se encuentra usted ahora?

—Acabamos de dejar atrás los límites de la ciudad, hemos entrado en la estatal 9 hace un par de minutos…

—Entonces, no vamos a tardar en cruzamos. ¡Pero no se

detengan! ¡Sigan todos hacia esos dos coches, y vean si queda alguien con vida! ¡Los necesitamos! Y, Simón, no me llame usted: yo le llamaré cuando haya llegado a mi escondrijo.

—¿Qué escondrijo?

—Adiós, Simón —cerró la radio, y miró a Lomax, forzando una sonrisa—. ¿Te das cuenta? Ni siquiera ellos conocen ese lugar al que vamos: nadie nos encontrará allí… si nos dejan llegar, claro.

Capítulo VII

Los dejaron llegar.

Weston Lomax, que había conducido siguiendo las indicaciones de Lili Connors, parecía no saber dónde se hallaba, no conocía aquella parte de la ciudad. Pero evidentemente, Baby sí la conocía. Apenas se detuvo el coche delante de una puerta que sólo podía corresponder a un garaje, se apeó, corrió hacia ella, y utilizó la llave que había sacado del doble fondo de su maletín. Luego, obedeciendo al impulso eléctrico, la puerta se alzó, en una sola pieza, y la espía se colocó a un lado, haciendo señas a Lomax, que entró con el coche; ella entró después, accionó de nuevo el mando eléctrico, y la puerta bajó.

Oscuridad total. Pero duró apenas un par de segundos. La espía encendió la luz, y se acercó al coche, inclinándose para mirar a Lomax, que había quedado como deshinchado ante el volante, muy abiertos los ojos.

—Hemos llegado —sonrió.

Lomax volvió la cabeza hacia ella, se pasó la lengua por los labios, y asintió con un gesto.

—¿Dónde estamos? —murmuró.

—Eso no importa. Ven, vamos a beber algo… Apuesto a que tienes la boca seca.

—Como nunca en mi vida —Lomax se pasó las manos por el rostro—. Santo Dios, no entiendo esto, no sé por qué quieren matarme…

—Ya no van a conseguirlo.

Ella misma abrió la portezuela, y Lomax se apeó; Baby apagó la luz después de encender la de su estrecho y largo corredor; la cual también apagó después de abrir una de las puertas que daban a él, hacia el fondo. Entraron los dos, y Lomax miró sorprendido a su alrededor. Se hallaban en un saloncito amplio, bellamente

amueblado y decorado, con buenas alfombras, librería, televisión, tocadiscos, teléfono, bar… No faltaba un solo detalle en aquel amplio y coquetón saloncito privadísimo.

Brigitte rió quedamente al darse cuenta de su asombro.

—No puedes imaginarte el privilegio que acaba de concederte la agente Baby trayéndote aquí, querido —informó—. Ni siquiera la mayor parte de mis íntimos amigos conocen el lugar.

—¿Quién vive aquí?

—Nadie. Sólo yo, cuando deseo que nadie me localice. ¿Qué quieres beber? Mmm… Creo que la ocasión bien merece una botella de excelente champaña, ¿no?

—¿A qué llamas tú «excelente champaña»? —consiguió sonreír Lomax.

—«Dom Pierre Perignon 55».

—Oh. Vaya, magnífico… No es precisamente barato.

—Yo nunca consumo nada barato —la divina espía sonrió deliciosamente—, salvo cuando es necesario. De todos modos, el «Perignon» me sale baratísimo a mí: cierto amigo de París me envía seis cajas cada tres meses. Fue un pacto, un… precio por ciertos servicios prestados.

—¿Qué servicios?

—Le solucioné un pequeño problema. Ya es asunto olvidado…, o casi olvidado. ¿Te gustaría con guinda?

—¿El qué?

—El champaña —Brigitte se colocó ante él, fruncido graciosamente el ceño—. ¿Qué te pasa? Pareces alucinado, mi amor.

—Sí… Perdona. Bueno, no estoy muy acostumbrado a que me acosen de este modo, francamente. Es terrible… Pero tú no pareces demasiado impresionada.

—Si te contara mi vida, te saldrían cabellos blancos —rió Brigitte—. Olvida eso ahora, y tomemos champán. Con guinda, insisto. ¿Te gustaría escuchar un poco de música?

Weston Lomax movió negativamente la cabeza.

—Temo que no podría apreciarla debidamente —murmuró—. Lo que sí estoy apreciando son tus esfuerzos por tranquilizarme. Te aseguro que no soy un cobarde, Lili, pero…

—Te comprendo muy bien —susurró ella, abrazándose a la

cintura del diplomático—: a todo hay que acostumbrarse, y quizá entonces se sepa hacer frente a la situación. Pero acostumbrarse a que a uno lo persigan para matarlo, no es fácil. Por favor, Weston, no pienses más en ello, descansemos… Olvidemos todo eso.

—Sí, está bien… Y gracias, Lili.

Ella le besó en los labios, pero se separó de pronto, exclamando:

—¡Conseguirías que olvidase el champaña!

Riendo, fue hacia el bar, y sacó del refrigerador una botella de «Perignon 55», y una cajíta transparente con hermosas y grandes guindas rojas. Destapó la botella con exquisito cuidado, y colocó dos copas sobre la pequeña barra curvada del bar. Luego puso todo sobre una bandeja, y miró a Lomax de nuevo con el ceño fruncido.

—Siéntate en el sofá: yo serviré.

—¿No vas a llamar a tu amigo Simón?

Baby alzó las cejas, miró su relojito, y negó.

—Sólo son las seis y media… Vamos a darle un poco más de tiempo: lo llamaré a las siete.

—¿Por qué esperar?

—Porque tengo sed —rió la divina.

—¿Simón?

—Ah, Baby… Esperaba que me llamase antes…

—Son las siete en punto, hora en que calculé que usted me daría respuestas concretas a todas mis preguntas. ¿He acertado?

—Pues… sí. Bueno, hay noticias buenas y noticias malas. Las buenas son que conseguimos controlar la situación de modo que sigue sin alterarse el pacto de silencio con los rusos, y que tenemos vivo a uno de los del «Dodge».

—¡Bien! —exclamó la espía—. ¡Estupendo, Simón! ¿Y… cuáles son las malas noticias?

—El otro tipo del «Dodge» está muerto. En cuanto a los del coche de más arriba, escaparon todos, fuesen cuantos fuesen. Pero tenemos el coche, y ya lo hemos empezado a investigar.

—Magnífico trabajo… Aunque sería más fácil interrogar a ese sujeto que tenemos, ¿no cree?

—Sí, pero está sin sentido todavía. Uno de nuestros médicos lo está atendiendo, y parece ser que no es nada demasiado grave. Vivirá.

—Mala suerte para él. ¿Cuándo podremos interrogarle?

—No sé… Un momento, voy a preguntarle al médico —hubo una pausa de diez o doce segundos, y de nuevo la voz de Simón—: el doctor dice que quizá esta misma noche esté en condiciones de hablar.

—¿De veras? Pues ésa es otra buena.

—¿Qué hacemos? ¿Le apretamos bien las clavijas al tipo este?

—No… Yo lo haré. ¿Dónde están?

—Subsector 12-21.

—De acuerdo. Estaré ahí dentro de media hora como máximo. Hasta luego, Simón.

—La esperamos.

Brigitte cerró la radio, y quedó pensativa, todavía con la copa de champaña última en una manita, y la radio en otra. Se dio cuenta de pronto, sonrió, se guardó la radio y bebió el último sorbito de champaña. Miró a Lomax, que a su vez la miraba fijamente.

—¿Vamos a ir a ese sitio llamado Subsector 12-21? —preguntó él.

—Tú no.

—¿Vas a dejarme solo aquí?

—¿Tienes miedo? —rió ella.

—No… No, no es eso… Supongo que me estoy acostumbrando a todo esto. Pero… ¿qué hago, a qué me dedico?

—A descansar. Tienes de todo aquí, Weston. Te voy a dejar mi radio de repuesto, ya sabes cómo funciona. Si algo ocurriese, me llamas inmediatamente… Pero nada sucederá. Sólo tienes que permanecer aquí. Y no se te ocurra llamar a nadie por teléfono para decirle dónde estás, o para cualquier otra cosa…

—¿Cómo podría decir dónde estoy si ni yo mismo lo sé?

—Pues mejor —volvió a reír ella—. Esto no es ninguna broma, querido, tenlo bien presente: te están buscando para matarte, de modo que lo mejor que puedes hacer es quedarte aquí, no buscar contacto con nadie, no llamar a nadie… Si acaso, a mí, por la radio, y sólo en caso de absoluta necesidad. ¿Está claro, Weston?

—Sí… Está bien.

—De acuerdo, entonces. Me voy ahora mismo… ¿Te importa que utilice tu coche?

—Claro que no. Pero… estoy pensando que puede ser peligroso para ti. Además, ya te conocen y…

—Eso no es problema. En seguida vuelvo.

Se dirigió hacia una puerta que había a la derecha del bar, la abrió, y desapareció al otro lado, cerrando. Weston Lomax quedó pensativo, hondamente preocupado… Volvió la cabeza, como alejando sombríos pensamientos, y se sirvió el resto de la botella de champaña. Miró el recipiente con guindas, y sonrió… Pero la sonrisa le duró muy poco, pues volvió a fruncir el ceño.

—¿Por qué? —se preguntó—. ¿Por qué?

Cuando, seis o siete minutos más tarde, la puerta por la que había desaparecido Baby se abrió, Weston Lomax no había encontrado respuesta a su pregunta.

Y en cambio, se llevó tal sorpresa que se puso en pie de un salto, respingando, contemplando con ojos desorbitados a la aristocrática anciana de blancos cabellos que aparecía ante sus ojos, apoyándose en un bastón de puño de plata y mirándole con simpática ironía a través de los cristales de sus lentes.

—Tranquilo —dijo la anciana, con la voz de Lili Connors—: soy yo, querido.

El estupefacto Lomax todavía tardó algunos segundos en poder empezar a tartamudear, pero la anciana le interrumpió con severo gesto avinagrado.

—Joven —dijo con voz cascada—, ahórrese hacer el tonto. Soy yo, y eso es todo.

—Pe-pero… ¿Eres…? ¡Es increíble!

—Increíble, pero no imposible, jovencito. Este es uno de mis disfraces preferidos… ¿Y sabe por qué, joven?

—¿Por qué? —acabó sonriendo Lomax.

—Porque a las ancianitas todo el mundo las trata bien: la ayudan a cruzar la calle, le ceden los asientos, las tratan con amabilidad… Casi siempre sucede así. Y otra cosa: ¿quién puede esperar que una ancianita que parece que ni siquiera puede sostenerse en pie haga esto?

Con la última palabra aún vibrando en el aire, la ancianita dio un fantástico salto hacia arriba y adelante, mientras colocaba horizontalmente su bastón, del cual salió con suave chasquido una larga hoja de brillante acero…, que quedó apoyado en la garganta de Lomax cuando el salto terminó, delante de él.

Weston Lomax palideció una vez más en aquellas veinticuatro

horas que jamás olvidaría mientras viviese. Se quedó inmóvil, sin aliento…

La ancianita retiró la punta del estoque de su garganta, apretó de nuevo el mango, y el agudísimo acero desapareció dentro del bastón.

—Weston —susurró—, por favor, no lo olvides: nada de querer salir, nada de llamadas… ¿Sí?

—Sí —tragó saliva él—. Sí, sí, descuida.

—Hasta luego… Oh: ¿te importaría besar a una anciana?

Lomax estaba todavía tan impresionado que no acertó a moverse. Tuvo que ser ella quien lo besase. Luego, fue a su maletín, le colocó una funda de raso negro que ocultó el tono rojo y las florecillas azules estampadas, y se dirigió hacia la puerta del pasillo. Se volvió allí.

—Y bien pensado, no utilizaré tu coche. No hay que correr nunca el menor riesgo, si puede ser evitado. *Au revoire, monsieur*.

Capítulo VIII

Henry Chiw colgó el auricular del teléfono de su tienda, una elegante sastrería en Mulberry Street, Chinatown, es decir, el Barrio Chino de Nueva York. Y después de este gesto preocupado, Henry Chiw se quedó contemplándose a sí mismo en uno de los espejos que tenía en la tienda para que sus clientes comprobasen lo muy bien que siempre caían los trajes que vendía Chiw. Porque en definitiva, y nadie podía discutir eso, el chinoamericano Henry Chiw era un sastre excepcional.

Pero según parecía, algún cliente se había quejado por teléfono, pues el buen Chiw estaba muy, muy preocupado.

Dejó de mirarse a sí mismo, y miró hacia el gran escaparate, en cuyo cristal, con grandes letras negras, se explicaba que el propietario era Henry Chiw, y que aquello por si no bastaban los trajes, camisas, pantalones y corbatas expuestos en tal escaparate, era una sastrería.

—Mal asunto —reflexionó Chiw—. Muy malo.

Ahora mirando hacia el escaparate, veía afuera, en la calle, la multitud que pasaba ante su tienda. La mayoría chinos… Y muchos de ellos se detenían para contemplar el escaparate de Chiw, y admirar sus trajes, calculando precios…, que acababan por aceptar, porque valía la pena vestirse en «Chiw's».

Es decir, Chiw se había mirado a sí mismo, había mirado su escaparate, había mirado a sus futuros clientes…, pero no había visto nada, porque su mente no admitía imágenes. Sólo pensamientos. Pensamientos muy, muy preocupantes.

—No pueden haberlo hecho, si yo no he dado la orden —se dijo —. Pero… no sé. Estoy rodeado de cretinos…

Después de tan desoladora conclusión, Henry Chiw se quedó mirando el teléfono, sobre cuyo auricular tenía todavía la mano. Ahora sí miró a su alrededor lo que allí había, muy atento. Pero

sólo quedaba en la tienda su hombre de confianza, el anciano y experto vendedor Tin Siu. Ya no quedaba nadie en los talleres de la trastienda, ni en la tienda: todos los empleados se habían marchado ya, excepto Tin Siu que nunca tenía prisa, porque vivía solo y en la sastrería se encontraba mejor que en su casa…, si podía llamarse «casa» al pequeño y oscuro apartamento que…

Henry Chiw apartó estos pensamientos, y se concentró en lo que le interesaba. El teléfono.

Descolgó el auricular, y marcó un número… La llamada estuvo sonando no menos de veinte segundos antes de que, cuando ya se disponía Chiw a colgar, fuese atendida.

—¿Eres tú, Lukas? —preguntó Chiw.

—…

—¿Está Shearer contigo?

—…

—Venid los dos inmediatamente a la tienda… Pero no por delante.

—¿…?

—Nada, nada… Ya os explicaré. No es cosa para hablar por teléfono…, aunque hayan imbéciles que sí lo utilicen. Venid por la puerta del callejón, la de entrada de géneros. Os estaré esperando, no hará falta que llaméis.

—¿…?

—He dicho que vengáis, y eso es todo. Ahora mismo. —Colgó, y de nuevo quedó pensativo y enfurruñado. Por fin se volvió hacia el viejo empleado.

—Tin Siu —llamó.

El viejo Tin se volvió, dejando de ordenar unos trajes en los largos colgadores, y sonrió.

—Dime, Henry.

—Tengo que resolver unos asuntos en el despacho. Los había olvidado, pero acabo de saber que hay urgencia por resolverlos. ¿Te importaría quedarte unos minutos más, mientras yo arreglo eso?

—Claro que no, Henry.

—Bien… Te daré doble comisión si vendes un traje a estas horas —sonrió amablemente Chiw.

—Oh, gracias, Henry… Pero ya sabes que no lo hago por eso. Me gusta estar aquí.

—Lo sé, lo sé. Mmm… Ah, Tin Siu, quizá venga una dama a comprar algo, o preguntando por mí. No de nuestra raza, ¿comprendes? Una dama anciana, de cabellos blancos, con lentes…, y con un bastón. Muy elegante. Si viniese, le dices que estoy en «Joey's» tomando un café; luego, le dices que vas a buscarme, así que sales de la tienda…

—¿Vas a tomar café?

—No. Voy a mi despacho, adentro.

—Pero has dicho que…

—Tin Siu, escúchame: tú dices que estoy en «Joey's», pero no será cierto. Yo estaré en mi despacho. Pero tú dices que vas a buscarme a «Joey's», y sales de la tienda. Entonces, vas por el callejón a la puerta de entrada de géneros, llamas, y yo te abriré. ¿Lo entiendes?

—Sí, Henry. Y entonces te digo que esa dama está en la tienda.

Henry Chiw estuvo a punto de soltar un bufido.

—Sí, me dices eso —masculló—. Y otra cosa; si esa dama llegase con varios hombres, o viniesen varios hombres sin esa dama, tú descuelgas este teléfono —lo señaló—. Sólo eso.

—Pero no te digo nada por teléfono a tu despacho.

—No. Porque al oír yo desde allí que lo descuelgas, sabré que han venido hombres solos, o que a la dama la acompañan varios hombres. ¿Sí? ¿De acuerdo. Tía Siu?

—Sí, Henry, de acuerdo.

—Está bien.

Henry Chiw se adentró en la trastienda, donde estaban los talleres y el almacén. Todo estaba lleno de piezas de tela de todas clases, forros, cajas de botones… Y maniquíes. Muchos maniquíes, algunos de ellos con parte de una prenda puesta. No era fácil ser admitido en el taller de Henry Chiw; había que saber cortar muy bien la ropa, coserla adecuadamente… Todo puede convertirse en arte, y Chiw había decidido conseguirlo con sus trajes.

Sin encender luz alguna, pues conocía su tienda centímetro a centímetro, Henry Chiw la cruzó, para llegar a su despacho, que estaba al fondo. Así Chiw podía cruzar todo el taller vigilando a sus empleados mientras iba y venía de la tienda al despacho…, o bien, si así le convenía, podía entrar y salir de su despacho a la calle, por la puerta del callejón, sin que nadie se entere… Que no era tal

callejón, sino Park Street, y daba a la pequeña plaza por aquel lado…

—No creo que nada de eso ocurra —se dijo Chiw, pensando en la dama anciana de blancos cabellos—. Pero siempre es mejor estar prevenido. Los demás, no piensan; yo, en cambio, pienso demasiado. Pero pensar es bueno…

Llegó a su despacho, se sentó ante la mesa, y encendió un cigarrillo, quedando pensativo. Un par de veces miró su reloj. Por fin, cuando habían transcurrido seis o siete minutos, salió del despacho, y fue a colocarse junto a la puerta del almacén y taller, por donde entraban y salían los empleados.

Sólo un minuto más tarde, después de haber estado mirando por la rendija, abrió, de pronto, y los hombres dieron el último paso, deteniéndose delante. Henry Chiw se apartó, y los dos hombres entraron, en silencio. Luego, cuando Chiw hubo cerrado la puerta, se fueron tras él, hacia el despacho. Henry Chiw volvió a sentarse ante su mesa, señalando el par de sillones que había delante. Los dos sujetos se sentaron, mirándolo con gesto alerta, preocupados.

—Bueno, demonios —masculló Lukas—, ¿qué pasa?

—¿Vosotros habéis intentado matar a Weston Lomax?

Lukas y Shearer cambiaron una mirada, y luego contemplaron estupefactos a Henry Chiw.

—¿Nos ordenó usted que lo hiciésemos? —masculló Shearer por fin.

—Yo, no.

—Pues entonces…, ¿por qué teníamos nosotros que molestarnos? Ya trabajamos ayer.

—Sí… —sonrió inexpresivamente Chiw—. Y lo hicisteis muy bien, matando a los dos americanos y al ruso.

—Siempre hemos trabajado bien —se sorprendió Lukas—. ¿Está ocurriendo algo… imprevisto?

—Sí —Chiw se rascó la nuca, perplejo—. Así es, está ocurriendo algo imprevisto. Pero… no acabo de comprenderlo bien. Solamente vosotros dos trabajáis para mí en este aspecto, y si no habéis sido vosotros por propia cuenta que habéis querido matar a Weston Lomax… ¿quién ha sido? ¿Y por qué?

—Nosotros no sabemos nada de todos esos entresijos, Chiw. Usted nos paga por eliminar a alguien de cuando en cuando,

nosotros lo hacemos, y ahí termina nuestra participación… Por lo tanto, no nos haga preguntas raras. Somos asesinos profesionales, y nada más.

Lukas dijo esto con toda naturalidad, igual que si hubiese dicho que era joyero profesional, por ejemplo. Y ciertamente, Shearer no se molestó por ello. Los dos llevaban tiempo trabajando juntos a las órdenes de Henry Chiw, se conocían bien, casi siempre estaban juntos, y lo de matar era algo que les tenía sin cuidado. No habría sido fácil encontrar dos… «profesionales» más fríos y competentes que ellos, y lo sabían. Por eso, cobraban buenos precios, que les permitían vestir bien, tener un buen apartamento, hermosas chicas, excelentes comidas, y una cuenta corriente muy aceptable… Altos, fuertes, de rostro inexpresivo, buenos modales, suaves y con la suficiente astucia para no complicarse nunca la vida por tonterías. Dos profesionales. De los de alta «calidad».

Henry Chiw había quedado pensativo de nuevo. Y por tanto rato, que finalmente Shearer refunfuñó:

—Bueno, diga algo… ¿Tiene algo para nosotros, o nos vamos?

—No… No os marchéis. Os necesito: vais a acompañarme a un sitio. ¿Vais armados?

—Claro que vamos armados… Cuando usted nos llama recogemos las pistolas, porque sólo nos llama cuando hay que trabajar.

—Esta vez, el trabajo será fácil…, espero. Aguardad mientras recojo unas cosas, y nos iremos en mi coche.

—Muy bien —encogió los hombros Lukas.

Shearer ni siquiera se molestó en decir nada. Encendió un cigarrillo, y estiró las piernas placenteramente, mirando al chino Henry Chiw, que se disponía a abrir la caja fuerte empotrada en la pared. Pero hizo algo tan verdaderamente curioso, que la indiferencia de Lukas y Shearer se fue esfumando a toda velocidad…

Primero, Henry Chiw abrió, en efecto, su caja fuerte. Pero no sacó nada de ella. Solamente metió la mano dentro unos segundos; luego, la retiró y cerró la caja fuerte. Entonces, fue a otro lado de la pared, y apretó en el suelo con la punta de un pie. Se oyó un suave chasquido, y un rectángulo de pared, muy delgada, cayó sobre el pie de Chiw, dejando al descubierto un hueco que era más profundo

de lo que lógicamente debía esperarse.

Los dos asesinos se miraron, miraron hacia la caja fuerte, de nuevo hacia la trampilla abierta por el pie de Chiw…, y poco a poco tuvieron que ir comprendiendo: dentro de la caja fuerte del chino, estaba el mecanismo que permitía abrir luego la otra caja, en la que nadie habría pensado tan siquiera que pudiese existir.

Y mientras Shearer y Lukas iban llegando a esta conclusión, Henry Chiw iba sacando los largos cajoncitos metálicos que constituían todo su archivo, conseguido tan laboriosamente, con tanta prudencia…, con tanto dinero enviado por China. En aquellos cajoncitos había microfilmes, diapositivas, fotografías ya reveladas…; una lista de nombres. Nombres de diversas nacionalidades, Nombres de diplomáticos de muchos países que, por dinero, estaban trabajando para Henry Chiw, o que habían trabajado antes de ser relevados de su trabajo en las Naciones Unidas. Una vez relevados, ya de regreso a sus respectivos países, el servicio secreto chino se había encargado de seguir en contacto con ellos, exigiéndole: que continuasen trabajando para China allí mismo, en su patria…

Un magnífico, espléndido, copioso archivo de traidores de todo el mundo.

Y el artífice de todo había sido Henry Chiw. Primero sobornaba a los diplomáticos, durante su estancia en Nueva York, y así, semanalmente, enviaba una extensísima información fuera del país, para que China supiese siempre a qué atenerse, antes y después de su ingreso en las Naciones Unidas. Luego, cuando los diplomáticos traidores regresaban a su país, se veían obligados a seguir facilitando información a China. Prácticamente había nombres que correspondían a todos los países integrados en la ONU. Y China, el servicio secreto chino, debía todo esto a un sastrecillo chinoamericano… que merced a la imprudencia de uno de sus… colaboradores estaba viendo en peligro todo su fabuloso tinglado. Por lo tanto, había que poner a salvo el archivo llevarlo al jefe residente en New Haven, y permanecer a la expectativa.

¿Que sus precauciones resultaban luego inútiles, que todo había sido una falsa alarma…? Mejor. Si así era siempre podía volver tranquilamente, y seguir con su labor.

Pero mientras Henry Chiw recogía tan cuidadosamente todo su

archivo, afuera, en la tienda, el viejo Tin Siu se aprestaba a atender al nuevo cliente. Una clienta, mejor dicho. Y llegaba sola… Muy sonriente, bellísima, simpática, joven… Sensacional.

No. Ciertamente, aquella espléndida muchacha de grandes ojos azules y largos cabellos negros que llegaba sola, no podía ser nunca catalogada como una anciana.

—Buenas noches —saludó amablemente ella—. ¿Es usted el señor Chiw?

—No, señorita. Sólo soy un dependiente: el más antiguo. Pero… Bueno —sonrió Tin Siu muy amable—, no sé si se ha dado usted cuenta, pero aquí sólo vendemos ropa para caballeros.

—Oh, sí… Lo sé —rió ella, encantadora como jamás Tin Siu había conocido a nadie—. Es que quisiera regalarle un traje a mi esposo, y un amigo me habló de la sastrería de Chiw. Me han asegurado que es un genio… ¿Lo es?

—Es muy buen sastre —asintió Tin Siu—. Pero no tanto que pueda hacerle un traje a su esposo sin tomarle medidas, señora.

—Las tengo anotadas, las pedí a su sastre habitual. Es una sorpresa para mi esposo, ¿comprende? Claro que hay el inconveniente de que el señor Chiw no podrá hacerle las pruebas del traje a William, pero estoy segura de que el señor Chiw resolverá ese pequeño problema… ¿No está él?

—Pues… sí. Pero está ocupado ahora, atendiendo asuntos del despacho. De todos modos —Tin Siu se acercó al teléfono—, le avisaré de…

La hermosísima clienta colocó entonces su mano derecha ante los ojos del viejo chino… Ojos que se abrieron mucho, al ver la pistolita entre los deditos.

—No se moleste —sonrió la divina—: también quisiera darle una sorpresa al señor Chiw.

Los ojos de Tin Siu se abrieron todavía más.

—¿Es… es un atraco? —exclamó.

—Aproximadamente. Es usted un simpático anciano y me parece que no tiene nada que ver con esto, así que no se complique la vida. Vuélvase.

Tin Siu obedeció, en verdad asustado. Era pobre y vivía solo, pero la vida, sin duda alguna, todavía le resultaba amable… Y apenas se había vuelto de espaldas a Brigitte Montfort, ésta colocó

su manita izquierda en su cuello, con los dedos hacia la clavícula. Inmediatamente, una simple presión bastó para que el viejo Tin Siu perdiese el conocimiento y rodase por el suelo… descolgando de un involuntario manotazo el auricular del teléfono.

Capítulo IX

En el despacho de Henry Chiw, éste cerraba ya el gran portafolios que contenía todo su archivo cuando sobre la mesa, el teléfono emitió el leve sonido de campanilla, que indicaba que el supletorio de la tienda había sido descolgado.

Henry Chiw respingó, y se volvió hacia el aparato con un gesto de alarma en sus orientales facciones. Se puso en pie de un salto, gritando ahogadamente:

—¡Vámonos, de prisa…! ¡Y preparad las armas! ¡Ved que no haya nadie afuera!

Perfectos profesionales, Shearer y Lukas comprendieron inmediatamente lo que se esperaba de ellos: incluso cuando Chiw todavía estaba dando órdenes, ya tenían las pistolas en la mano, y poniéndose en pie. Salieron corriendo del despacho, seguidos del chinoamericano, los tres directos hacia la puerta que los dejaría en Park Street.

Lukas fue el primero en llegar. La abrió de un tirón, se asomó a la calle, y se volvió.

—¡Podemos salir!

Lukas demostró en aquella ocasión que hasta un buen profesional puede equivocarse alguna vez. Salió el primero, seguido de Shearer, con Chiw pisando los talones a éste… Y aún estaba Chiw dentro del almacén cuando sonó la voz en la calle:

—¡No se muevan, están…!

Sí.

Incluso un buen profesional puede equivocarse alguna vez.

Lukas no obedeció la orden, no quedó inmóvil, no hizo caso de nada. Tenía una pistola en la mano, y con una pistola él era capaz de cualquier cosa. Así que se volvió, alzando el arma…, y por delante de él pudo ver entonces los fogonazos, oír los chasquidos silenciosos: plop, plop, plop, plop… A cada chasquido, Lukas recibía

una bala, que lo zarandeaba, lo estremecía, lo hacía vibrar…, pese a que ya estaba muerto y cayendo de bruces sobre la acera.

Tampoco Shearer tuvo suerte: lanzado ya en pos de su compañero de asesinatos, su propio impulso le llevó a la calle, demudado el rostro, porque estaba comprendiendo que iba a morir, que no podía detenerse, que era inevitable aparecer en la zona de fuego. En realidad, Shearer quiso rendirse, quiso gritar que no disparasen, que iba a soltar la pistola, que…

Pero afuera, en alguna parte, varios hombres vieron aparecer a otro hombre armado, lanzado al parecer agresivamente, y los chasquidos volvieron a sonar. Y también a cada chasquido Shearer vibró, se estremeció, saltó…, hasta caer rodando hasta el borde de la acera, tan eficazmente muerto como sus víctimas.

El único que pudo frenar su marcha hacia la puerta fue Henry Chiw, desviando en el último instante su marcha y dándose de bruces contra la pared junto a la puerta. Dio la vuelta mientras rebotaba, y echó a correr hacia la tienda. Quizá por allí lograse salir… Cierto que tenía que haber más hombres en la tienda, puesto que Tin Siu había descolgado el teléfono, pero quizá sabían ya que algo ocurría en la puerta del almacén, y estuviesen corriendo hacia allí por el exterior… Remotísima posibilidad, pues lo lógico era que quisieran cubrir las dos entradas, pero…

De todos modos, Henry Chiw tuvo razón: ningún hombre apareció en el almacén procedente de la tienda.

Fue una mujer. Una mujer que, por cierto, no parecía una anciana: alta, de largos cabellos, figura magnífica, movimientos felinos… Apareció allí, en el centro del taller, como si fuese un rayo descargado por sorpresa… un rayo que llegase de ninguna parte.

—¡Quieto, Chiw!

En una millonésima de segundo, una idea pasó por la ágil mente de Henry Chiw: era sólo una mujer, podía vencerla en un par de segundos y escapar… Y mientras pensaba esto en ese brevísimo espacio de tiempo, Chiw lanzaba ya el gran y pesado portafolios contra la mujer, con toda su fuerza.

La mujer lanzó una exclamación, se oyó el chasquido de un disparo, se vio el fogonazo…, y la bala dio en el portafolios un instante antes de que éste golpease fuertemente la mano de la mujer, que lanzó un respingo de dolor, mientras el portafolios y la

pistolita caían al suelo…, y Chiw completaba su contraataque con un veloz puntapié dirigido al vientre de la mujer; las manos de ella bajaron, cruzándose, frenando casi completamente el tremendo golpe que podía haberla matado y que llegó muy amortiguado, soportable para unos músculos abdominales largamente entrenados en la práctica del judo.

Ah, el judo…

Soportando impávida el amortiguado golpe, la mujer tuvo todavía reflejos suficientes para asir con ambas manos cruzadas el tobillo de Chiw, adelantó un largo paso sujetando aquella pierna a la altura de su cintura, y su pierna derecha pasó detrás de la izquierda de Henry Chiw, segándola hacia delante en una impecable ejecución de o *uchi gari*. Resultado: Henry Chiw cayó de espaldas, y su cabeza golpeó fuertemente en el suelo, mientras en la puerta del fondo del almacén se oía una voz masculina:

—¡Baby, apártese, lo vamos…!

—¡No, Simón, no disparen! ¡Lo quiero vivo!

Frase perfectamente comprensible para Henry Chiw, que no estaba dispuesto a afrontar tal eventualidad. Se puso en pie de un salto, lanzando un escalofriante puñetazo hacia el rostro de la espía más peligrosa del mundo…, que se apartó, desplazándose de lado, como una puerta que se abre, en perfecto *taisabaki*, asió con toda facilidad la muñeca de Chiw, giró colocándose el brazo del chino bajo la axila, con el codo hacia arriba, y dio un tirón de la muñeca hacia su barbilla…

Henry Chiw lanzó un aullido cuando el espeluznante *waki gatame* rompió su brazo, como si fuese un palillo, por dos sitios… Demasiado para él, demasiado para cualquiera. Cayó de rodillas, casi desvanecido, y entonces su mala suerte se completó: al apoyar las manos, la sana de ellas cayó sobre la pistolita que había esgrimido la espía. Y un grito de incontenible alegría brotó de la boca de Chiw mientras sus dedos recogían la pistola, la alzaban, él giraba hacia aquella increíble mujer…

Por un instante, quizá también por una millonésima de segundo, Henry Chiw estuvo seguro de que iba a tener la satisfacción de matarla… A la millonésima de segundo siguiente, un pie de Baby golpeaba su cabeza, de punta, justo en la sien derecha, y el chino cayó definitivamente de espaldas, en el mismo momento en que se

encendía la luz del taller.

Varios hombres apuntaron a Chiw, pero éste no se movió. Uno de ellos se arrodilló a su lado, le puso una mano en el cuello, y segundos después miró a Baby, moviendo la cabeza.

—Ha muerto —susurró.

—Mala suerte —jadeó Brigitte—. ¿Cómo han ido las cosas por el otro lado?

—Hemos matado a dos hombres.

—Tráiganlos aquí, cierren todas las puertas, registren toda la casa… Con cuidado, muchachos. Usted, Simón, venga conmigo. Y traiga eso.

Simón-New York, el simpático espía de la floristería que siempre obsequiaba con rosas rojas a Baby, recogió el portafolios de Henry Chiw, y se fue hacia el despacho de éste, en pos de la persona que más admiraba en el mundo.

La cual persona se sentó en el sillón de Chiw, y señaló la mesa.

—Póngalo aquí: veamos qué contiene.

Oleg Mavitchian estuvo unos segundos contemplando la cabaña del Villa Motel en la cual habían sido citados. Por fin, volvió la cabeza hacia su compañero, sentado junto a él en el coche.

—No me gusta —musitó—. No me gusta esto. Val.

Val Titov encogió los hombros.

—No se trata de que nos guste o no, Oleg. Tenemos algo que hacer, y vamos a hacerlo. Por otro lado, si Baby se propusiese matarnos, no tendría necesidad de citarnos aquí: nos conoce, y ya no podemos engañarla, sabe que pertenecemos a la MVD. No, no es una trampa.

—Todo esto debe estar lleno de agentes de la CIA.

—Naturalmente. Nosotros haríamos lo mismo… Bien, vamos allá.

—Estamos locos…, pero tú mandas. De todos modos, eso de ir desarmados a la cabaña…

Val Titov no contestó con palabras. Simplemente, sacó su pistola, y la dejó en la guantera. Luego, tendió la mano a su compañero, que soltó un gruñido, y le entregó su pistola.

Salieron del coche, y fueron hacia la cabaña número 10. Subieron al porche, alzaron una mano para llamar a la puerta…, y ésta se abrió sin darle tiempo a hacerlo.

—Buenas noches, Val, Oleg —sonrió la bellísima rubia de ojos verdes—. Gracias por venir. Pasen.

Se apartó, y los dos rusos entraron en la cabaña, mirando Oleg inquieto a todos lados.

—¿Está sola? —preguntó Titov.

—Aparentemente —sonrió de nuevo Brigitte Montfort—. Vamos a sentamos y charlaremos. ¿Cuál de ustedes me invita a fumar?

Sonriendo ceñudamente, Val Titov ofreció sus cigarrillos a Baby, que tomó uno. Luego, se sentó en un sillón, y señaló el sofá. Los dos rusos se sentaron, juntos. Y Oleg comentó:

—No nos engaña: esto está lleno de amigos suyos.

—Sólo los imprescindibles —rió ella—. Les aseguro que insistí en que la reunión podía celebrarse entre nosotros tres solamente, pero se negaron furiosamente: ¿por qué será que todos me quieren tantísimo?

—Es muy posible que tengan sus motivos —dijo Val Titov—. Bien: ¿de qué se trata?

—¿Llevan armas?

—Las hemos dejado en el coche.

—*Okay*. Tengo un obsequio para ustedes.

Tomó del suelo su maletín, lo puso sobre sus preciosas rodillas, y lo abrió. Sacó un pequeño magnetófono a *cassettes* y un papel. El magnetófono lo dejó en un brazo del sillón. El papel lo tendió hacia los rusos. Val Titov se inclinó, lo tomó, y se irguió, siempre mirando fijamente a la espía americana. Cuando él comenzó a leer el papel, más bien una cartulina de buena calidad, en cuyo ángulo superior izquierdo había esta marca: «B», Oleg ya lo estaba leyendo.

Decía:

> *La agente Baby, de la CIA, tiene el disgusto de comunicar a la MVD soviética la existencia de traidores en su cuerpo diplomático de las Naciones Unidas; asimismo, informa de los nombres de anteriores diplomáticos que en la actualidad, relevados de su trabajo en la ONU, siguen colaborando con el servicio secreto chino, en sus presentes destinos.*
>
> *Esta información, que es idéntica a la que recibirán otros muchos países respecto a sus diplomáticos traidores, es absolutamente verídica, fidedigna, y, por supuesto, una*

amabilidad más que ustedes reciben de su colega,

Baby.

(Relación de nombres al dorso). Saludos.

Muy pálidos, los dos rusos miraron el dorso de la cartulina, y, a medida que iban leyendo los nombres allí escritos, hasta un total de ocho, su palidez iba aumentando, hasta convertirse en lividez cadavérica.

Por fin, Val Titov dobló la cartulina, y se la guardó.

—No preguntaré si todo esto es verdad —susurró—: la creo. Pero por favor, díganos cómo ha conseguido esta información.

—La encontré, metódicamente ordenada, en un pequeño archivo de un chino.

—¿Qué chino?

—Un chino.

—Está bien… Pero… ¿qué tiene que ver esto con lo que nos ha puesto en contacto, con la muerte de Anatol Gregoriev…?

—Habrán observado que el nombre de Gregoriev no figura en esa lista…, por la sencilla razón de que él no era un traidor. La prueba ya la tuvieron ustedes cuando él, en efecto, quizá debido a las prisas por acudir a una cita que le parecía altamente interesante, se limitó a enviarles una nota diciendo que a las nueve iba a acudir a este motel, donde se iba a entrevistar con el americano diplomático Weston Lomax. Según parece, ustedes recibieron esa nota antes de lo que Gregoriev pensaba, de modo que pudieron llegar antes que él para ver qué pasaba. ¿Fue así?

—Ya le dije que sí —gruñó Titov.

—Y en mi segunda llamada de madrugada insistió en ello. Tuve que creerle, Val. Entonces, pensé que si usted no me mentía, Anatol Gregoriev tampoco tenía por qué mentirles a ustedes, de donde se desprendía que, efectivamente, Weston Lomax había citado aquí a Gregoriev. Claro que él podía negarlo luego con toda firmeza, ya que Gregoriev había muerto, y no podía desmentirlo.

—Entiendo… Pero, ¿por qué Lomax citó a Gregoriev?

—Para matarlo.

—¿Por qué? —exclamó Oleg Mavitchian.

—La verdad es que al principio yo también estaba muy desorientada, pero después de escuchar cierta explicación de mi

jefe, pensé que eso era, precisamente, lo lógico. Y me dije: Baby, queridita, ¿desde cuándo lo lógico es, al mismo tiempo, *la verdad*? Todo era tan lógico, que la CIA, por fuerza, tenía que pensarlo: Robert Gaynor y Joseph Karpis eran traidores a Estados Unidos; Anatol Gregoriev, se iba a convertir en traidor a Rusia, y lo primero que haría sería delatar a los traidores americanos a la CIA, o, en principio, a Lomax al cual citó… No Lomax a él, sino él a Lomax. Pero entonces, los rusos, ustedes, que vigilaban a Gregoriev y debían tener su teléfono intervenido, se enteraron de esto. Y se dedicaron, primero, a matar a Gaynor y Karpis, para que no pudiesen comprometer a ningún ruso si la CIA los atrapaba; luego, mataron también al traidor Anatol Gregoriev, aprovechando las circunstancias de su cita con Lomax para comprometer a los americanos en su muerte, y… frenar nuestras investigaciones y acusaciones, tanto sobre la muerte de Gregoriev, como sobre las de Karpis y Gaynor… Era tan, tan lógico, que me dije que tenía que ser mentira. Pero una cosa era cierta: *Mr*. Ashenden, diplomático al que sin duda ustedes conocen cuando menos de oídas…

—Lo conocemos muy bien, desde luego. ¿Qué tiene…?

—Un momento, por favor. Les decía que *Mr*. Ashenden sabía con toda seguridad que alguien estaba… robando información en sus oficinas. Alguien. No sabía quién. Pero evidentemente, su actitud había hecho comprender al traidor que *Mr*. Ashenden estaba sobre aviso y dispuesto a descubrir al traidor. Entonces, el traidor…

—¿Quién es?

—Calma. Muy pronto aparecerá por esa puerta —señaló la del dormitorio, que estaba cerrada—, empujada por un compañero mío que luego se irá por la ventana no quiero que ustedes lo vean, si es posible. Sí, pronto nos echarán al traidor ante nuestras garras. Pero analicemos el asunto, pues quiero que ustedes queden bien enterados y convencidos. Les decía que entonces, el traidor, se asustó, y comunicó al chino que pagaba sus informes lo que sucedía…

—Un momento, por favor: ¿no eran Karpis y Gaynor los traidores?

—No —palideció Brigitte—. Fueron, como Gregoriev, víctimas del siguiente plan: matarlos, matar también a Gregoriev, al cual,

como ya hemos dicho, había citado efectivamente Lomax, y dejar las cosas de tal modo que, como también he explicado antes, todo acusase a los rusos, a ustedes. Y a Gaynor y Karpis, claro. Pero la verdad es otra: el chino, que debía apreciar en grado sumo los servicios del traidor, decidió conservarlo en lugar de eliminarlo para evitar que le comprometiese; esperaba grandes servicios del traidor. Y quiso conservarlo, sí. Entonces, el traidor llamó a Gregoriev y lo citó aquí a las nueve. Mientras tanto, a las seis, Karpis y Gaynor eran llevados en un coche fuera de la ciudad, muertos a tiros, y dejados en un lugar donde muy pronto fuesen encontrados… En definitiva, tanto la muerte de ellos dos como lo sucedido en la cabaña que tenemos enfrente, daba una solución…, que ahora sabemos que es falsa. Y, mientras nosotros teníamos que conformarnos con esa solución, el traidor seguía vivo y dispuesto a seguir trabajando para el chino.

—Era un buen plan —murmuró Oleg.

—Sí. Pero demasiado lógico —sonrió secamente Brigitte Montfort—, al menos, para mí. Y entonces pensé que, en efecto, alguien estaba robando información en los documentos de *Mr*. Ashenden, pero…, ¿por qué tenían que ser Gaynor y Karpis? Podía ser otra persona, inteligente, bien apoyada… ¿Y qué otra persona que continuase con vida se había visto mezclada inocentemente en esto?

—Lomax —murmuró Val Titov.

—En efecto. Pero, claro, él sabía que todo había sabido bien, así que iba a ser muy difícil hacerle confesar…, sobre todo no teniendo yo la seguridad absoluta. Me dije: «querida, ¿por qué no asustas un poco a Weston Lomax?».

—¿Asustarlo? ¿Cómo?

—Pues… después de dejar a Weston en su apartamento, mis muchachos y yo tuvimos una sentada de tres horas, después de la cual volví a llamarle a usted, y, por fortuna, pude convencerle de que me concediese veinticuatro horas. Y nos dedicamos a aprovecharlas. Por la mañana, me fui a ver a Lomax, y me porté muy cariñosamente. Él estaba encantado…, hasta que empezaron a atacarnos.

—¿Quiénes?

—Mis muchachos —sonrió Baby—. Durante el día de hoy hemos

representado una perfecta función de agresiones, espionaje… Nos atacaron en el aparcamiento, en la carretera, pusieron micrófonos en el apartamento de Lomax… Tendrían que haberlos visto ustedes simulando morir cuando mis balas pasaban muy por encima de ellos, y estrellarse contra un árbol, disparar… Tengo que premiar a esos niños de modo especial por su magnífica actuación…

—¿Qué objeto tenía todo eso? —sonrió también Val Titov.

—Asustar a Weston Lomax. Él sabía que la CIA no tenía por qué matarlo; los rusos, tampoco. Entonces…, ¿quién quedaba? Solamente su jefe chino, que quizá había decidido eliminarlo, preocupado por su posible captura por la CIA. Sí: logré que Lomax se convenciera de que yo lo amaba…, y de que su jefe chino quería silenciarlo. Entonces, cuando comprendí que estaba «maduro», lo llevé a cierto lugar, y le dije que allí estaría… pero que no debía llamar a nadie por teléfono…

—Y él llamó por teléfono —exclamó Oleg Mavitchian. Baby volvió a sonreír, tomó el pequeño magnetófono que había dejado sobre el brazo del sillón, y lo puso en marcha. Se oyó en seguida el repiquetear de un teléfono, y luego una voz algo cascada:

—Aquí «Chiw's»: diga.

—Quiero hablar con Chiw inmediatamente. Es urgente —se oyó con toda claridad la voz de Weston Lomax.

—Un momento; le avisaré.

Hubo unos segundos de espera; luego, una voz diferente:

—¿Sí?

—Chiw, soy W. L. Alguien…

—¿Está loco? ¡No ha debido llamarme, tenemos nuestro sistema de contacto…!

—¡Es urgente! Alguien está intentando matarme… ¿Es usted, son sus hombres los que…?

—¡Es usted un cretino! ¿Por qué tendría que hacer eso?

—Bueno, es que…

—¡Esa orden podría haberla dado antes, y no lo hice! Todo lo contrario: le preparé las cosas para que todas las sospechas de su oficina se alejasen de usted, ¿no es así?

—Sí, pero… Escuche, en todo esto está interviniendo la agente Baby —se oyó el respingo del interlocutor de Weston Lomax—, y se dicen demasiadas cosas de ella para que yo esté tranquilo. Acaba de

salir de aquí disfrazada de anciana: vestida de negro, cabellos blancos, bastón… Sus compañeros de la CIA tienen a uno de los hombres que han querido matarme, y ella va a interrogarlo. Si es uno de los de usted…

—¡Le he dicho que no tengo nada que ver con eso! ¿Desde dónde me llama?

—No sé. Es una casa en un lugar que no conocía de Nueva York. Baby me ha traído aquí, ella me está protegiendo, confía en mí…

—Pues deje de cometer estupideces, serénese. No haga nada, deje que ella se mueva… Ese hombre que tienen no es de los míos, no podrán saber nada. Siga con su juego, eso es todo. Y no busque contacto conmigo por lo menos en un par de meses. Yo le avisaré.

—Está bien.

—Adiós.

—Adiós…

Fin de la conversación. Baby paró el magnetófono, y miró sonriendo fríamente a los rusos. Oleg Mavitchian soltó un bufido.

—Ese tipo es un idiota… ¿Cómo no se le ocurrió que usted podía haber preparado una grabación?

—No sé. No le he preguntado.

—O sea, que usted lo tenía todo previsto —dijo Titov, y en cuanto él llamó, funcionó la interferencia por la CIA, y supieron inmediatamente adónde y a quién había llamado Lomax.

—Tan inmediatamente, que cuando él todavía estaba hablando, se puede decir que nosotros ya íbamos hacia allí.

—Bien —Val Titov se rascó la coronilla, admirado—. Un trabajo muy bueno…, y sorprendente. Como usted misma. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—¿Ustedes? Me voy a permitir hacerles una amable sugerencia: salgan cuanto antes hacía Moscú, para entregar en su Directoría esa lista de traidores, y… *no vuelvan nunca a Estados Unidos*.

—Entiendo. Y me parece lógica su actitud…

—¿Qué va a pasar con Weston Lomax? —preguntó Oleg.

—No me olvidaba de él… —su voz subió de tono—. Simón, empújelo aquí dentro y márchese. Márchense todos menos dos, ya sabe para qué.

La puerta del dormitorio se abrió, y Weston Lomax apareció, dando trompicones, lívido. Estuvo a punto de caer, pero consiguió

quedar en pie, mirando aterrado a la bellísima rubia que le había engañado con besos y sonrisas. Sonrisas dulces, apasionadas, tiernas…

Pero en esta ocasión, la sonrisa de Lili Connors era como una ráfaga de viento gélido que envolvía a Weston Lomax.

—Hola, querido —deslizó la espía—. ¿Lo has oído todo? ¿Te has enterado bien? No quise darte explicaciones antes porque habría tenido que repetirlas ahora a los rusos, y a veces no me gusta hablar tanto. Bien: ¿tienes algo que decir?

—¿Qué… qué vas a hacer conmigo? —jadeó Lomax.

—¡Qué pregunta más tonta! Matarte, naturalmente.

—No… No, no…

—¿No? Por tu culpa, por tu traición, dos diplomáticos norteamericanos fueron asesinados ayer. Y un ruso. No sé nada del ruso, pero sí sé que los norteamericanos estaban trabajando para la patria. Uno de ellos tenía esposa, y un hijo… ¿No pensaste en ello? ¿Tampoco has pensado que estabas vendiendo a la patria, a tus amigos, a tus hermanos, por asqueroso dinero? Vamos, vamos… ¿Qué puedes esperar, sino la muerte?

—No… No te atreverás, tú no puedes… matarme Puedes detenerme, podéis juzgarme…

—¿Por qué perder tiempo y dinero en un juicio así? Sólo tengo que apretar el gatillo —su pistolita apareció en su mano, apuntando al corazón de Weston Lomax— y todos nos ahorraremos gastos, molestias… y vergüenza. Muere, traidor.

Plof.

Segundos después, los impresionadísimos rusos dejaron de mirar el cadáver de Weston Lomax tendido sobre la alfombra, para mirar a la espía más peligrosa e implacable del mundo.

—Y ustedes —dijo ella—, no olviden que tenemos un pacto de silencio, para todo este asunto. Camarada, buenas noches.

Este es el final

—¡Pero era ayer cuando te esperábamos! —Frank Minello, gritando —. ¡Yo estuve aquí como tonto hasta las diez de la noche por lo menos…!

Brigitte Montfort, sentada como una reina en un sillón del salón de su lujoso apartamento; se miró las uñitas, con gesto de majestuosa indiferencia.

—Lo siento de veras, Frankie. Ya te he dicho: perdí el avión en París, y que no he podido regresar hasta hoy.

—¡Pero pudiste poner un telegrama avisándonos ese contratiempo!

—Es verdad —suspiró la divinísima espía—. Además, te estoy mintiendo, y me remuerde la conciencia hacerte eso a ti. No perdí el avión; en realidad, llegué ayer tarde, pero me dediqué a desarticular la más sorprendente red de espionaje chino en las Naciones Unidas de que hayas oído hablar nunca.

—¡Y encima me tomas el pelo! —bufo Minello—. ¡Me estás engañando como a un chino!

—Pues más o menos, querido, más o menos —Baby—. Pero a ti no voy a romperte el brazo. Ni te mataré de un puntapié en la sien. Tampoco te asesinaré como si fueses un traidor miserable… No. Eso es poco para ti: voy a imponerte un castigo mucho más…

—¿Un castigo? ¿A mí? ¿Cuál?

—Te castigo a que permanezcas sin hablar durante una hora por lo menos. Tomaremos champaña, escucharemos música, o leeremos… Y mientras tanto, te permitiré que sigas gozando de mi encantadora compañía. Hasta puede que baile contigo. Pero, si dices una sola palabra más, si rompes este pacto… de silencio, te irás de aquí ahora mismo. *Okay?*

Frank Minello, el más querido amigo de la espía internacional, consiguió por fin cerrar la boca. Luego, sonrió, se frotó las manos

alegremente, se sentó en un sillón, puso los enormes pies sobre una mesita, y se quedó mirando, siempre con adoración, a la más bella mujer del mundo, mientras sus labios se apretaban fuertemente.

Si era a cambio de estar con Brigitte Montfort, él era capaz de pasarse sin hablar el resto de su vida.

FIN

Notas

[1] Véase la novela titulada *Commando*, otra personalísima aventura de la agente Baby. < <